

El paraíso se escribe con B

Thomas M. Grizzle

A thesis

submitted in partial fulfilment of the
requirements for the degree of

Master of Arts (Hispanic Studies)

University of Washington

2020

Committee:

Edgar O'Hara

Anthony Geist

Program Authorized to Offer Degree:

Department of Spanish and Portuguese Studies

©Copyright 2020

Thomas M. Grizzle

University of Washington

Abstract

El paraíso se escribe con B

Thomas M. Grizzle

Chair of the Supervisory Committee:

Edgar O'Hara

Department of Spanish and Portuguese Studies

The following is a personal thesis, a *creative* thesis. Its main concern is the expression of love. The object of the amorous passion in these pages is not, however, a human being; rather a city, a moment and a *way* of being. There was a time and a place in which I felt entirely fulfilled: Barcelona from the Fall of 2015 to the Spring of 2016. The cosmopolitan city's extreme difference from my native Midwest gave life to a part of me that had never seen the light of day until then and there. I was reborn in Barcelona and suffered a painful, albeit symbolic, death upon leaving. The desire to write this thesis, then, is also a desire to return to what was lost. Stated so plainly, it becomes clear that my specific story is only one of infinite iterations. It is, perhaps, a desire that hounds all those sensible to the touch of that which exists beyond our physical bounds. This can be clearly seen in the long history of literature about love gained and love lost. That is why, in Chapter One, I focus on perusing the annals of the written word that

recreates a love in order to some way return to it. In the second chapter, I tell my own story with various deviations from the facts but never from the truth. In Chapter Three, finally, I reflect on what can be done with all these feelings in need of physical or, in the absence thereof, poetic attachment. If I've piqued the reader's interest at all, I welcome you to my humble offering to the long tradition of word made paradise.

Índice

Prólogo	ii
Capítulo I	
Escritos del Edén	1
Capítulo II	
Extractos de un diario atrasado	26
Capítulo III	
Barcelona: vida y muerte	48
Epílogo	72
Bibliografía	74

Me sobreviene entonces esta exaltación de amar a fondo a alguien desconocido, y que lo seguirá siendo siempre: movimiento místico: accedo al conocimiento del no conocimiento.

Roland Barthes
Fragmentos de un discurso amoroso

Prólogo

Si de algo puedo estar seguro es que Barcelona no existe.

Mientras escribo estas páginas en Seattle, Washington (ciudad que, por cierto, existe), la vida cotidiana de la capital catalana, su *realidad*, me es tan ajena como la de San Juan, Puerto Rico, o Bali, Indonesia. Barcelona no es más que el conjunto de nueve letras que remiten a una idea. Si, con esta idea, se evoca algo que se parece a la ciudad real es puro artificio, un engaño.

El texto que sigue es, por consecuencia, imaginario. En el capítulo uno, el lector entrará en un cuarto de espejos donde verá el reflejo de varias grandes imaginaciones que han lidiado con la pregunta: ¿Qué es el paraíso? Luego, con el recuerdo de todo lo que los sabios han discurrido, pasará a la narración de un chico, tocayo mío, que pasa un año enamorado en y de Barcelona. Algunas anécdotas que se relatan en este segundo capítulo se refieren a hechos de una realidad, la mía, ya pasada (a la medida que el pasado puede gozar de la realidad). Algunas otras, la mayoría, condensan momentos que viví con historias que me fueron contadas y con acontecimientos que ojalá hubieran sucedido. Todas las anécdotas, hay que tenerlo claro, son verdaderas. En el tercer capítulo el lector topará con una voz que intenta, a la luz de todo lo anterior, decir algo con relación a la siguiente pregunta que es la misma del capítulo uno: ¿Qué es el amor?

Durante el cortísimo año que *yo* viví en Barcelona, casi me enamoré de una chica cuyo nombre no es Rosita. Si las circunstancias me hubieran permitido quedarme, creo que habría llegado a amarla con todo mi ser. O quizás eso es solamente un deseo caprichoso: una esperanza de que, si el tiempo no se hubiera entrometido con todas sus groserías, el amor habría perdurado. Pero el tiempo siempre se entromete. Las malditas circunstancias no nos dejan en paz. Escucho la voz de Eva que se reprocha: *si no hubiera comido de la manzana...*

Enamorarme de la chica que no se llama Rosita fue un desmadre. Mi corazón soltaba el exceso de su afecto líquido a cada momento hasta que el paisaje urbano quedó empapado. Esos días yo llevaba botas de agua para que no se me mojaran los calcetines.

Aunque, ahora que lo pienso, a lo mejor confundo las causas con los efectos.

Quizás Barcelona misma emitía una feromona especial que me seducía. Quizás era yo un pobre indefenso ante la suprema belleza de la ciudad. Quizás enamorarme de una mujer fue sólo una parte del cortejo barcelonés.

Mi Barcelona ya no existe pero quiero que exista.

Mi paraíso ya no existe así que lo escribo
porque no me queda otro y el amor exige darse a conocer.

I

Escritos del Edén

Como mi objeto de estudio es el paraíso, que, como veremos, es otra manera de decir el amor, este texto pretende ser una especie de encomio personal al sentimiento misterioso y arrollador. Dicho esto, refreno mi deseo (el de todo enamorado o exenamorado) de lanzarme de frente a exponer las alegrías y torturas a las que Eros me ha sometido. El rigor y el respeto me recuerdan las infinitas mentes y almas perspicaces y exquisitas que ya han discurrido sobre el tema. Este capítulo, por ende, traza el hilo del discurso amoroso desde Platón hasta William H. Gass aunque, eso sí, con algunos saltos vertiginosos. El enigma que perseguiremos mediante nuestras lecturas será la evocación del paraíso amoroso con la palabra escrita. Con esto, aspiro a tomar asiento en la larga mesa donde, desde tiempos inmemorables, se ha llevado a cabo la estridente conversación del amor.

Platón inmortalizó este tipo de banquete en *Plato's Symposium*. La institución del simposio, según Avi Sharon, estaba “geared to the satisfaction of every human desire, [it] was the quintessence of mortal happiness, offering the greatest bliss allowed to men” (4). Era la escena perfecta para la discusión amorosa que Platón expondría. En el diálogo, Erixímaco propone una competición para ver quién de los convidados al banquete puede discurrir mejor sobre Eros. De ahí surgen varias cavilaciones que siguen arraigadas en el concepto occidental del amor: desde la noción propuesta por Pausanias del amor como una amenaza existencial a la tiranía (idea retomada con pesimismo en 1984 de George Orwell), hasta la afirmación de Agatón de que las cosas buenas son bellas (tema criticado a su vez por el maestro Oscar Wilde en *The Picture of Dorian Gray*). Sin embargo, si muchas son las ideas que han perdurado a través de los

siglos, es un mito (o *una* imagen) lo que se aferró a la inconsciencia colectiva de Occidente de tal manera que se ha quedado fijo en el lenguaje popular.

Aristófanes presenta la imagen de una raza primordial de seres humanos que estaban compuestos por dos cuerpos: “two bodies joined together front to front with their backs and sides forming a circle” (36). Cuenta que estos protohumanos tenían una ambición extrema que, al final, los llevó a intentar derrocar a los dioses de sus tronos en el Olimpo. Cuando fallaron, Zeus los partió por la mitad y dejó a sus cuerpos con “a few creases around the stomach to remind us of our ancient undoing” (37). Los seres humanos que hemos nacido de esta división, según el mito, siempre buscamos nuestra *otra mitad* que nos proporcionará la sensación de estar completos otra vez. El uso de la frase *mi otra mitad* para referirse al amante da crédito al poder mítico de la imagen de Aristófanes. Importa muy poco, de hecho, si la relación entre el mito y la frase es causal porque el ímpetu de ambos existe en toda alma humana. Carl Gustav Jung describe el inconsciente colectivo, o las imágenes míticas, de la siguiente manera:

The collective unconscious, being the repository of man’s experience and at the same time the prior condition of this experience, is an image of the world which has taken aeons to form. In this image certain features, the archetypes or dominants, have crystallized out in the course of time. They are the ruling powers, the gods, images of the dominant laws and principles, and of typical, regularly occurring events in the soul’s cycle of experience. (105)

La separación primordial permearía la existencia humana por ser constitutiva de nuestra condición. Y así como uno puede llamar a su amante *su costilla* en vez de *su otra mitad*, el Antiguo Testamento emplea la imagen a su manera. Pero antes de adentrarnos en el recuerdo bíblico, hemos de detenernos en la aportación de Sócrates al simposio, la cual nos ayudará a leer el mito de Adán y Eva con ojos *eróticos*.

La mayor parte del discurso de Sócrates tiene la forma de una conversación entre él y Diotima, su instructora en el amor. Ella complica la imagen de Aristófanes cuando dice: “[There

is] a theory which argues that all lovers are constantly searching for their missing half, an idea which seems to me dead wrong. For true love is no search for any half or any whole unless that half or whole happens to be good for its own sake” (55). Con esto, a pesar de su condena categórica (*dead wrong*), Diotima no niega el anhelo por la unión sino que lo matiza con la advertencia de que la otra mitad ha de ser buena en sí. Y cuando este es el caso, razona, el amante querrá poseerla para siempre: “Then our conclusion so far is that Love is each person’s desire to acquire the good for himself, and to possess it forever” (56). Cuando emplea la palabra “forever”, no la entiende dentro de los límites de la vida humana sino en su sentido más amplio: la eternidad. Por esta razón, Diotima concluye que “Love, then, is really the desire we all have to live forever and be immortal” (57). Sin embargo, a pesar del deseo, la vida eterna es imposible no sólo por el desgaste corporal sino por los cambios incesantes que se llevan a cabo dentro del alma del ser humano: “His thoughts and ways and beliefs, his pleasures, pains, and fears, nothing remains the same. New elements are always appearing as old ones disappear” (58). Con esto en mente, Diotima propone que los humanos buscan la inmortalidad o en la procreación y la longevidad de su linaje o en la fama pública por sus actos honorables y sabios.

Los creadores, como Homero y Hesíodo, perduran a través de sus obras poéticas. Dicho esto, aunque no todos podemos llegar a la altura de los grandes poetas griegos, se deduce que el acto de escribir es la expresión del deseo de la inmortalidad, es decir, el amor. Al fin y al cabo, lo escrito es mucho más perdurable que el cuerpo humano y su espíritu. Propongo, sin embargo, que hemos de tener cuidado de considerar a la escritura como el amor mismo. Sería más razonable decir que es el resultado directo del fracaso de *vivir* fuera del tiempo. Producir un lenguaje escrito no es la realización del amor sino nuestro consuelo al no conseguir la unión *eterna* con lo bueno o, para usar la imagen de Aristófanes, nuestra otra mitad. Lo ideal sería un

paraíso que no conociera el desgaste del tiempo y que prometiera la unión completa y eterna en la realidad física y espiritual. Sin embargo, asumida la imposibilidad de este ideal, no nos queda otra cosa que evocarlo en el lenguaje escrito. Y es eso lo que hace la historia de Adán y Eva en el Antiguo Testamento.

Dado que entenderemos la creación literaria del Edén como una evocación mítica, nuestra lectura no tocará la teología. Más bien, seguiremos una línea de pensamiento parecida a la de Theodor H. Gaster cuando, en la introducción a *Myth, Legend, and Custom in the Old Testament*, afirma que “the essential thing about [the myths and stories of the Old Testament] is that they are paradigms of the continuing human situation; we are involved in them. Adam and Eve, characters in an ancient tale, are at the same time Man and Woman in general; we are all expelled from our Edens...” (XXIV). Con esto ya aseverado, podemos retomar el mito del Jardín bíblico.

En el Edén como en nuestra realidad actual, la plenitud amorosa y la comunicación gozan de una especie de simbiosis. Por eso cualquier discusión sobre el amor ha de tener en cuenta el lenguaje producido por éste. No es de sorprender, entonces, que poco después de ser creado, Adán explora sus poderes lingüísticos: “Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ese es su nombre” (Gn II, 19)¹. Adán, de esta manera, parece ser el creador del verbo en el Edén. Todo lo que sale de su boca penetra la realidad física. Es de notar, sin embargo, que este lenguaje está patrocinado por Dios mismo. Le trae los animales a Adán con el propósito explícito de saber cómo los llamará. Es Dios, creador del Paraíso y Adán, quien permite que sus palabras marquen la realidad en el Jardín. Esto remite

¹ Todas las citas de la biblia se refieren a la antigua versión de Casiodoro de Reina revisada por Cipriano de Valera salvo en los casos en que se señalan otras traducciones.

al concepto de los lenguajes no discursivos propuesto por Susanne Langer en *Philosophy in a New Key*.

Según ella, los lenguajes no discursivos nacen de la percepción de las cosas materiales y funcionan en oposición a los lenguajes discursivos que son las lenguas habladas y escritas. Un ejemplo de un lenguaje no discursivo es una foto: “Like [discursive] language, it is composed of elements that represent various respective constituents in the object; but these elements are not units with independent meanings. The areas of light and shade that constitute a portrait...have no significance by themselves” (94). Por lo tanto, los símbolos no discursivos “are understood only through the meaning of the whole, through their relations within the total structure. Their very functioning as symbols depends on the fact that they are involved in a simultaneous integral presentation” (97). Esto ayuda a entender las implicaciones del hecho de que Adán y las bestias fueron formados de la misma tierra del Edén. Si todo lo que existe en el Paraíso está hecho del Paraíso, se sigue que todo es una sola cosa. Todos son símbolos no discursivos de la totalidad del Jardín. Además, otro aspecto de los lenguajes no discursivos es que “there is no intrinsic generality. It is first and foremost a direct *presentation* of an individual object” (96). Dicho de otra manera, el lenguaje no discursivo sólo se refiere a sí mismo. Los nombres que Adán da a las bestias, por ende, marcan y son el Paraíso. De este modo el Jardín se vuelve una simultaneidad de cosas, percepciones y enunciaciones y, por ende, queda libre de la decadencia temporal.

Todavía nos falta, sin embargo, mencionar a Eva. Al principio, a pesar de los rasgos inmortales del Paraíso antes de la aparición de la mujer amada, Adán carece de una “ayuda idónea”, “a help meet for him” en la versión de King James o “ayuda semejante a él” en la versión de Nácar y Colunga. El Paraíso, aunque total en apariencia, no está completo porque a Adán le falta el objeto de su amor. Sócrates proclama con razón: “Love is indeed a love of

something” (47). Al ver a Eva por fin, después de que Dios la crea a partir de una de sus costillas, Adán exclama: “Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne” (Gn II, 23). Subraya de inmediato la compartida esencia material entre los dos cuerpos humanos y así anticipa la conclusión de la voz narrativa: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y *serán una sola carne*” (Gn II, 24, énfasis mío). Aquí reaparece la imagen mítica que emplea Aristófanes de la fusión con el amante, pero la historia de génesis la lleva a un plano más poético todavía. La unión de Adán y Eva se lleva a cabo en el Jardín que *ya es indivisible*. Es decir que los dos seres humanos se unen con la totalidad de su existencia.

El mito de Aristófanes y el de la Biblia se preocupan por aseverar que el ser humano surge de una comunión primordial que se desvanece antes de que se pueda gozar de ella. De hecho hay un solo versículo que describe la plenitud del Paraíso en el mito de Adán y Eva: “Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban” (Gn II, 25). Se sigue que sería imposible concebir de la desnudez en el Edén porque el sistema lingüístico solo permitiría la realidad positiva; no conoce lo que no forma parte de la totalidad. La dialéctica de desnudo/vestido no podría existir porque tampoco existiría la madre de todas las dialécticas: vida/muerte. Pero este amparo contra el tiempo es efímero; el resto del mito se empeña en contar la historia del pecado y el destierro, la entrada dolorosa en el corriente temporal.

En el momento del exilio, Dios castiga a Eva con el perpetuo *deseo* por su esposo, es decir, la eterna falta de una conexión real. Una condena al deseo es una condena al fracaso de alcanzar lo deseado. En su libro *Erotism*, Georges Bataille discurre sobre este tipo de deseo desde el plano psíquico del raciocinio científico. Emplea los vocablos *continuity* y *discontinuity* para hablar de la comunión y la desunión respectivamente:

Passion fulfilled itself provokes such violent agitation that the happiness involved, before being a happiness to be enjoyed, is so great as to be more like its opposite, suffering. Its essence is to substitute for their persistent discontinuity a miraculous continuity between two beings. Yet this continuity is chiefly to be felt in the anguish of desire, when it is still inaccessible, still an impotent, quivering yearning. (19)

Propongo que es aquí, en el deseo de volver a disfrutar una comunicación plena con el ser querido y por ende con el mundo material, donde se sitúa el nacimiento de un lenguaje discursivo cuyos rasgos, según Langer, son el vocabulario, las definiciones y la sintaxis. Los primeros dos aspectos, pensándolo bien, apuntan a la negatividad del lenguaje discursivo mientras que el último apunta a su temporalidad. En el caso del Edén, el acto de Adán de nombrar a Eva después del destierro resalta su *diferencia*. Como *the few creases around the stomach*, el nombre de Eva (referencia a su castigo de parir con dolor) es el constante recuerdo de la comunión que se perdió. De este modo, el símbolo lingüístico sale de la totalidad y empieza a significar y señalar lo ajeno. Por otro lado, Langer hace hincapié en que “the meanings given through language are *successively* understood, and gathered into a whole by the process called discourse” (97, énfasis mío). La sintaxis del lenguaje discursivo fija cualquier enunciación *en el tiempo*. El lenguaje discursivo es diacrónico y, por lo tanto, susceptible a marchitarse. Todo símbolo discursivo, de este modo, sería la expresión del amor ya malogrado: deseo de *ser* eternamente lo que solo se puede *representar*. Cuando nos encontramos desterrados de la plenitud, nos entra el deseo de Eva de envolvernos en el lenguaje perdido. Nuestra redención se encontrará en la medida en que podamos acercar el nuevo sistema lingüístico al ideal.

El anhelo de superar esta separación mítica es uno de los temas centrales de *Rayuela*, la famosísima novela de Julio Cortázar publicada en 1963. Aunque el libro da para estudios infinitos, aquí nos enfocaremos tan solo en el modo lingüístico que la obra propone para reflejar aquella comunicación mítica del paraíso.

En el capítulo 132, Cortázar señala que el lenguaje edénico comparte muchos rasgos con el onírico. Mientras dormimos, nos encontramos, por un lado, en un espacio de comunicación pura en el que no hay separación esencial entre el yo soñado y lo exterior. Los dos, en efecto, forman parte de una totalidad inconsciente. Por otro lado, cuando el durmiente se encuentra en tierra de sueños, no sabe que está en ella. Solo después, cuando ya es imposible volver, se entera de la estructura ilusoria de su antigua realidad. Este hecho básico se enlaza con el conocimiento que Adán y Eva obtienen al comer el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. De repente se dan cuenta de su desnudez, lo cual implica la entrada en el tiempo y en el lenguaje discursivo. Haber reconocido el paraíso (y por lo tanto su doble negativo) garantiza la expulsión, igual que reconocer el sueño garantiza la vigilia. Dadas estas semejanzas, Cortázar llega a la conclusión perspicaz de que, igual que uno casi siempre se olvida de lo soñado, lo más doloroso de salir del paraíso es la certeza de que su recuerdo se irá disolviendo en las lagunas de la memoria:

De golpe comprendo mejor el espantoso gesto de Adán de Masaccio. Se cubre el rostro para proteger su visión, lo que fue suyo; guarda en esa pequeña noche manual el último paisaje de su paraíso. Y llora (porque el gesto es también el que acompaña el llanto) cuando se da cuenta de que es inútil, que la verdadera condena es eso que ya empieza: el olvido del Edén. (664)

A pesar de su angustia, Adán ofrece un truco imprescindible para los creadores verbales del paraíso. La clave está en nuestra habilidad de vivir una “pequeña noche manual”. Es decir que los sueños tienen la mayor posibilidad de evocar el recuerdo de la plenitud. Por desgracia, como implica Cortázar cuando tacha de inútil el acto de Adán, tampoco podemos controlar los sueños. Somos vasallos de su lógica abstrusa. Pero hay una esperanza conciliatoria en todo esto: el lenguaje onírico es el mejor dotado para reconstruir el paraíso en la página.

De hecho, aquí hemos de tener en cuenta el argumento de Stanley Romaine Hopper en su ensayo, publicado en 1970, “Myth, Dream and Imagination”. Hopper señala que la mitología

clásica se encuentra en un estado moribundo en cuanto a la literatura contemporánea: “The contemporary consciousness has indeed rejected myth in its ‘classical’ forms...As a result the forms have become brittle, the structures have crumbled, the ‘gods have died’” (115). Si entendemos por mitología un paradigma para la eterna situación humana, como mencionamos líneas arriba, su pérdida sería fatal para la literatura del amor. Hasta representa un macrodestierro de la comunión con la esencia humana. La búsqueda de una nueva mitología, pues, coincide con la del lenguaje edénico. Por eso Hopper, igual que Cortázar, concluye que el inconsciente es la nueva fuente de una mitología moderna: “This is the surprising discovery that the letting go of the time of the world picture has brought to us. It has brought us to a recognition of the radical inwardness of Being, of the Source within” (132, énfasis mío). Charles Rycroft, en su libro *The Innocence of Dreams*, propone que la única manera de llevar el mito interior a un público más amplio (expresar el lenguaje no discursivo en el lenguaje discursivo) es mediante la universalización de los símbolos oníricos:

Something would still need to be done to [dreams] before they could be transferred from the private sector of experience to the public, before they could acquire universality. This something-still-to-be-done [must]...comprise the casting of the central meaning [of the dream] in symbols which are part of the shared iconography of the culture of which the poet or writer is a member, and which, therefore, carry a heavy charge of shared public associations and resonances. (165)

Gracias a este esquema teórico de Hopper y Rycroft, vemos que Cortázar provee no solo una reinterpretación del mito de Adán y Eva sino una reescritura del mismo en su propio lenguaje mítico-poético que encaja con la cultura de su momento y lugar.

En los anales de la literatura francesa, Gérard de Nerval se presta bastante bien a un estudio de la expresión mítica-onírica. En su libro *Aurelia o el sueño y la vida* intenta reconciliar la mitología hebrea con sus visiones oníricas. El manuscrito fue encontrado en los bolsillos de Nerval después de que se suicidó en 1855. La trama gira en torno a una falta grave que el

narrador cometió contra la amada cuyo nombre da título al libro. Este fue el acto que llevó a la ruptura de la pareja. Hemos de tomar el libro como semi-testimonial, ya que surgió del diario de las locuras de Nerval y coincide con acontecimientos conocidos de su vida. Por lo tanto, en el libro y en la vida real, Aurelia muere antes de que se reconcilien y así destierra cualquier posibilidad de perdón o vuelta al paraíso amoroso. Los sueños y las alucinaciones que proceden de su muerte muestran la obsesión por parte de Nerval (o de su persona narrativa) de disculparse ante ella. La falta se vuelve una especie de pecado original que lo arrojó de su paraíso y dio lugar a la escritura discursiva de sus sueños y de locuras casi atemporales. De esta manera, el libro revela lo que pasa en *la pequeña noche* de su autor. Sus alucinaciones a veces se empeñan en resolver el delito primordial:

El agua ascendía en las calles vecinas; yo descendí corriendo por la calle de Saint-Victor, y, con la intención de detener lo que yo creía la inundación universal, arrojé en el lugar más profundo el anillo que había comprado en San Eustaquio. Casi al mismo instante la tormenta se apaciguó y un rayo de sol comenzó a brillar...Me pareció que era la consagración del perdón de los cielos. (143-145)

Otras veces las alucinaciones apuntan a la imposibilidad de la redención y señalan la condenación eterna: “¿Qué había hecho yo? Había turbado la armonía del universo mágico de donde mi alma extraía la certidumbre de una existencia inmortal” (105). La revelación que nos dona Nerval se caracteriza por borrar la frontera entre lo soñado y lo extraonírico. Sus visiones implican los espacios del mundo real. Así da un paso más allá en la lucha por volver al paraíso, porque sale del entorno subjetivo del sueño y entabla una comunicación real con las cosas materiales. Sin embargo, a pesar de sus tácticas innovadoras, nunca consigue la plenitud que desea. La culpa reina en él con fuerza inagotable; la mitología bíblica que lleva arraigada en el alma lo convence de que una vez conocido el mal no se lo olvida, no hay retorno posible. Por lo

tanto, el mismo mito que dio lugar al acercamiento del lenguaje onírico al mundo material le prohíbe a Nerval cualquier regreso a la plenitud amorosa.

En la segunda década del siglo XX, los surrealistas reavivaron el interés por la obra de Nerval: “[Él] poseía, a lo que parece, en el más alto grado ese *espíritu* que nosotros reivindicamos” (Breton, *Manifiestos del surrealismo* 43). El espíritu al que André Breton se refiere es definido así:

Automatismo psíquico puro por cuyo medio se intenta expresar tanto verbalmente como por escrito o de cualquier otro modo el funcionamiento real del pensamiento. Dictado del pensamiento, con exclusión de todo control ejercido por la razón y al margen de cualquier preocupación estética o moral. (*Ibid*, 44)

Si volvemos a la distinción que hace Hopper entre la mitología clásica, exterior, y la moderna, interior, se vuelve evidente que los surrealistas se empeñaban en descubrir y detallar esta nueva mitología. Aunque Hopper y Breton escribieron desde campos distintos y con propósitos muy alejados, los dos se interesaban por la Gran Verdad que se encuentra en el centro de todos los seres humanos. No es casualidad, entonces, que los surrealistas tomaran los sueños como el modo por excelencia de la expresión del funcionamiento real del pensamiento.

El amor loco, ensayo del famoso líder de los surrealistas, fue publicado en 1937 y es el último de tres libros suyos dedicados al amor. En este breve texto, André Breton traza la historia de su pasión desenfadada por una mujer desde el primer encuentro hasta el matrimonio y parto de su hija. De los siete capítulos que componen el libro, aquí destacaremos el quinto porque contiene la máxima representación surrealista del paraíso.

El lector se desorienta al enfrentarse con las primeras oraciones del capítulo. Presentan un nuevo tipo de lenguaje, lleno de imágenes oníricas, que exige la total atención del que lee. Aquí Breton pondrá a prueba la teoría que antes sólo era explicada; creará un paraíso onírico, situado en el pico del Teide, en la isla de Tenerife, para expresar la conexión plena que goza con su

mujer. Por lo tanto, la esencia de su mundo sentimental se verá filtrada en todo el espacio. A diferencia de Nerval, Breton es optimista en cuanto a la posibilidad de que existan los paraísos en nuestra realidad. De hecho proclama que la culpa cristiana es justo lo que condena a los seres humanos a creer que la pasión es efímera: “No hay mejor tarea que aplicarse a librar al amor de este resabio amargo... Tal empresa no podrá ser llevada a cabo con éxito en tanto que, a escala universal, no se haya hecho justicia a la infame idea cristiana del pecado. Nunca hubo fruto prohibido” (117). Más tarde afirma también que el sentimiento de culpa tiene sus raíces en el acto de renunciar, por razones sociales o morales, a la libre elección en el amor. La culpa, entendida así, no es innata y el paraíso deja de ser algo prohibido por el que penar. Se vuelve, en cambio, un lugar alcanzable cuya existencia atemporal radica en el futuro, el presente y el pasado. El que lo busca sólo necesita “liberarse, en el amor, de toda preocupación ajena al amor mismo, de todo miedo así como de toda duda, de exponerse sin defensas a la mirada fulminante del dios” (117). Esta nueva deidad reemplaza al Dios cristiano y promete algo muy parecido a la realización de una vida eterna en comunión con la amada y el mundo físico. En efecto, el vergel de Tenerife promete la unión en un solo ente de todo lo que se encuentra dentro de sus fronteras así como la ruptura de una temporalidad lineal. El Teide propone un lenguaje propio que Breton describe con la ayuda de la protagonista de *Alicia en el país de las maravillas*:

Ésta es la larga hoja puntiaguda, con barbas de seda, que ella debía de usar para sus mensajes: es imposible escribir más claramente con tinta que sobre esta hoja argentada de papel japonés. Ni siquiera sería necesario arrancarla para cubrirla de caracteres; podría compartir esta suerte con todas las hojas semejantes sin que la planta base a la que pertenece dejara de vivir. Pienso en el regalo exorbitante que sería, surgiendo de una pequeña maceta, una carta de amor así entregada... Después de esta hoja viviente a la que como acabamos de ver Alicia confía sus proyectos, es imposible no apresurarse a alzar al sol otra hoja, recortada del ala de las cigarras: deben ser sus recuerdos. (95)

Así como los nombres que Adán da a las bestias forman parte de una totalidad edénica, la planta es un medio de perfecto entendimiento. Hasta es creada en la misma imagen de los

recuerdos de Alicia. El acto de enunciar no se limita a los seres humanos en este paraíso, la comunicación fluye entre todas las cosas porque comparten la misma esencia. Dicho esto, hay una manera en que el Teide se diferencia del Edén. Mientras que hubo un momento en que el Jardín de Adán no era todavía la totalidad porque faltaba la compañía de Eva, Breton asegura que el verdadero paraíso terrenal sólo existe como consecuencia del amor por otro ser humano: “La naturaleza no está sujeta a iluminarse y a apagarse, a servirme y a perjudicarme salvo en la medida en que se reaniman o se extinguen para mí las llamas de la hoguera que es el amor, el único amor, el de *un ser*” (120). En este sentido, su Edén no existe sin Eva. El terreno sagrado no es obra de Dios pero sí el resultado de la fusión de dos amantes en una “sola carne”: el encuentro con la otra mitad. Es decir que Breton entendía que el amor por el lugar era secundario. Sin embargo, el discurso en sí también puede aplicarse a casos que prescinden de una relación entre dos seres humanos.

Roland Barthes cavila sobre este mismo amor en un ensayo titulado “No se consigue nunca hablar de lo que se ama”. Toma como objeto de estudio a Stendhal, el gran escritor francés de la primera mitad del siglo XIX. Éste escribió un diario en que declaraba una y otra vez, sin mucho éxito comunicativo, su amor por Italia y por Milán en especial. Barthes explica el nacimiento de esta pasión: “Lo amado, y, si me atrevo a usar el barbarismo, lo gozado, son colecciones, concomitancias: al revés que en el proyecto romántico del *Amor loco*, no es la Mujer lo adorable en Italia, sino las Mujeres; no es un placer lo que Italia ofrece, sino una simultaneidad, una sobredeterminación de los placeres” (349-350). Entonces, este otro tipo de amor surge de un sentimiento plural, de una abundancia de detalles preciosos que el lugar y su gente aportan. Aunque no hay un solo conducto a través del cual se transmite el amor, esto no impide que el lugar se vuelva un paraíso como todos los que hemos visto hasta ahora. Barthes

afirma que Stendhal “tiene esa rara pasión, la pasión por lo otro, o, para decirlo con más sutileza: la pasión por el otro que está en él mismo” (349). Es decir que, al fin y al cabo, Milán fue un lugar de comunicación esencial. El problema que tuvo Stendhal no habría sido, pues, sentimental sino lingüístico. Barthes observa que sus declaraciones de amor fueron incapaces de despertar una emoción real en las almas de sus lectores. No fue hasta veinte años después, con *La cartuja de Parma*, que, según el teórico francés, Stendhal encontró la forma lingüística de su Italia: “Al pasar del Diario a la Novela...ha abandonado la sensación, parcela viva pero inconstruible, para abordar esa gran forma mediadora que es el Relato, o, mejor dicho, el Mito” (356). Aunque el lenguaje que emplea Stendhal no es onírico (hay que tener en cuenta que publicó la novela en 1839, casi dos décadas antes de que se conociera el texto de *Aurelia*), es de notar que encontró la mejor manera de expresar su amor por Italia en una forma *mitológica*.

Incluso Breton hace hincapié en la relación con el material, por encima de la persona amada: “Los objetos de la realidad no existen solamente en cuanto tales: de la consideración de las líneas que configuran el más común de entre ellos surge—sin que sea necesario entrecerrar los ojos—una significativa *imagen-acertijo* con la que forma cuerpo y que nos habla, sin error posible, del único objeto *real*, actual, de nuestro *deseo*” (*El amor loco*, 112). También proclama que el sentido profundo que el objeto nos provoca se comunica con relativa facilidad:

Si una misma mancha, mural o de otro tipo, es interpretada casi siempre de forma diferente por dos individuos distintos, presas de diferentes deseos, no se concluye de ello que uno de los dos no pueda con facilidad hacer percibir al otro lo que descubre en ella...[El hombre medio] está dispuesto, de buena fe, a sancionar la interpretación que se le propone. (111-112)

Llegamos a la conclusión, parecida a la de Rycroft, de que la representación del paraíso está en la habilidad que tiene el escritor de detallar, en un lenguaje inteligible para sus lectores, las cosas como él las percibe. Esta pauta puede ser igual de útil para el que ama a una persona

como para el que siente una pasión por un lugar. La esencia del apego espacial se encuentra en la *penumbra* de sus objetos y la mejor manera de evocar la sombra es a través de la iluminación sentimental y onírica de sus objetos *ontologizantes*, para usar el neologismo de Cortázar.

Vemos un gran ejemplo de este tipo de iluminación en el cuento “In the Heart of the Heart of the Country”, de William H. Gass, publicado en el libro homónimo de 1968. La narración destaca una relación complementaria entre el amor personal y el espacial. El cuento se ocupa de describir el pequeño pueblo B, del estado rural de Indiana. Lejos de dedicarse a una mera representación de las cosas, su prosa poética trae consigo una gran subjetividad. Llega a tal punto en que no se distingue entre la construcción literaria del pueblo y la del interior de la voz narrativa. En cuanto a la forma física del yo que narra, deja pistas evasivas como “my aged ardent body” (183) y “You used to waddle when you walked because my sperm between your legs was draining into a towel” (175) que apuntan a que es un hombre mayor. Pero estas imágenes son escasas y ofuscan más que aclaran. En su estado de casi invisibilidad el narrador cumple la función de un emisor de luz que solo se ve en su *reflexión*. Su presencia es más lingüística que corporal.

Las interacciones que mantiene con otros personajes llegan al lector a través de una neblina onírica: “Mrs. Desmond is my right-hand friend...Her talk’s a fence—a shade drawn, window fastened, door that’s locked—for no one dies taking tea in a kitchen; and as her years compress and begin to jumble, I really believe in the brevity of life” (183-184). La lógica de esta conversación no sigue pautas narrativas. De hecho, no hay intercambio. No *pasa nada*: “We do not converse” (184). En realidad, la organización de la anécdota sigue un orden subjetivo que podemos comparar al proceso regidor de los sueños descrito por Freud en *The Interpretation of Dreams*:

When the whole mass of these dream-thoughts is brought under the pressure of the dream-work, and its elements are turned about, broken into fragments and jammed together—almost like pack-ice—the question arises of what happens to the logical connections which have hitherto formed its framework. (347)

La voz elemental de Mrs. Dresmond, por así decirlo, se convierte en imágenes arquitectónicas, las cuales están fragmentadas en frases de dos o tres palabras. Todo B se vuelve, así, algo análogo al *trabajo del sueño*: el lugar en que se manifiesta la persona más íntima del que habla. Dicho de otra manera, el pueblo funcionaría como la *imagen-acertijo* de Breton. Se vuelve el objeto raso en que uno se ve a sí mismo.

Así las cosas, B sería lo opuesto del Teide. Es el lugar que se construye después de la *pérdida* de la amante: esa *tú* que mantenía completa a la voz narrativa. En efecto, este es el fenómeno al que Breton recurre para afirmar que el espacio ideal depende de la mujer. En *Los vasos comunicantes* hace este comentario: “un objeto esencial, éste bien exterior, se había sustraído a mis sentidos, arrastrando para mí y, como yo sabía, para mí solo, con él a todos los demás, arrojando una duda tan implacable sobre la solidez de todos los otros que mi pensamiento ya no los retenía” (62). Cuando Adán y Eva pierden la comunión plena que disfrutaban en el Paraíso, éste se disuelve en su propia identidad. De repente desconoce sus fronteras y, por lo tanto, se pierde a sí mismo. Nombrar a Eva es su primer paso hacia un nuevo autoconocimiento en el lenguaje discursivo, negativo y diacrónico. La descripción de B, para el narrador del cuento de Gass, simbolizaría el hecho de nombrar a la mujer perdida y así encontrar sus propios límites. Todo objeto en el pueblo es una *imagen-acertijo* en que la voz que habla se construye. El problema es que en vez de verse solamente a sí mismo en las reflexiones, está presente también el fantasma de la mujer. Al principio del cuento, su imagen estalla en las páginas sin ningún aviso: “There’s Little hand-in-hand here...not in B. No one touches except in rage. Occasionally girls will twine their arms about each other and lurch along, school out, toward home and play. I

dreamed my lips would drift down your back like a skiff on a river” (179). La mujer todavía está arraigada en la esencia del narrador, hasta el punto de que cualquier ensoñación puede acabar con su imagen. Sin embargo, a medida que continúa el cuento, se libra de ella poco a poco.

La mujer perdida pasa de aparecer como explosión de sentimiento a ser la cosa contra la cual se mide la realidad de los objetos de B. En una de las últimas secciones el narrador se encuentra con el brazo lleno de moscas y describe así la sensación: “I have to admit, though, despite my distaste, that my arm had never been more alive, oftener or more gently kissed” (205). La implícita preferencia por el pueblo frente a la mujer al final del cuento marca el triunfo de la autocreación. Por un lado, ella ha entrado en la alteridad. En vez de formar parte de B, ahora es el objeto exterior que le da vida. Por otro lado, el narrador se encuentra contento en su nuevo espacio. No es un paraíso, se expresa en un lenguaje discursivo, pero hay posibilidad de que llegue a ser autosuficiente. El narrador reconoce esto mientras mira a través de una ventana:

I am not here; I’ve passed the glass, passed second-story spaces, flown by branches, brilliant berries, to the ground, grass high in seed and leafage every season; and it is the same as when I passed above you in my aged, ardent body; it’s, in short, a kind of love; and I am learning to restore myself, my house, my body, by paying court to gardens, cats, and running water, and with neighbors keeping company. (183)

De esta manera la escritura de B es una evocación diestra de un paraíso no amoroso. El narrador se crea a sí mismo mediante el pueblo. Es, en efecto, otro tipo de amor, aquel que se esfuerza en trascender los límites de la escritura y, en última estancia, la vida discursiva.

Nadja, publicado en 1928, es el primer libro de la mencionada trilogía de amor de Breton. La mujer que dio nombre al texto era alguien que Breton conocía en la vida real y por la que tuvo una obsesión intelectual. Ella, como Nerval, vivía al modo surrealista: sacrificaba todo por la libertad de expresarse de la manera que dictaban sus deseos más íntimos. Breton la veía como la máxima encarnación del surrealismo del momento:

En último término [Nadja] era diestra... en aquel pensamiento tan suyo siempre...el de que la libertad, adquirida en este mundo a costa de mil y una renunciaciones de entre las más difíciles, exige que disfrutemos de ella sin restricciones durante el tiempo que podamos conservarla, al margen de cualquier consideración pragmática, y ello porque la emancipación humana, entendida desde el punto de vista revolucionario más elemental a fin de cuentas, que no por ello deja de ser la emancipación humana *en todos sus aspectos*, no nos confundamos, *según los medios de cada cual*, sigue siendo la única causa digna de ser servida. Nadja estaba hecha para servirla, aunque solo fuera dándonos pruebas de que debe fomentarse un complot muy especial alrededor de cada ser. (222-223)

Nadja, para Breton, es prueba de que el individuo es capaz de liberarse de las cadenas lógicas en la vida real. En sus actos lleva escrita la clave de su libertad. No es cuestión de imitarla sino de confiar en que la enseñanza del surrealismo tenga cabida en el mundo que sigue siendo hijo de la razón ilustrada. De esta manera, Nadja cobra un sentido mítico. Es una especie de santa surrealista que dona al mundo un ejemplo de lo que podría ser: una imagen ideal. Cuando la encierran en un manicomio se eleva al estatus de mártir, lo cual aumenta la urgencia de llevar a cabo “la emancipación humana” que Breton tanto anhela. Otro factor que ayuda a mitificar a Nadja viene de la relación casi filial que tiene con París. Cuando ella habla de sus padres biológicos es siempre con una minimización propia del olvido. En cambio, parece formar parte de la misma esencia de París. Breton explica que suele verla en los lugares y momentos más inesperados. De casualidad se conocen en la calle Lafayette y, después de varios encuentros similares, Breton la ve en la calle Saint-Georges desde el asiento trasero de un taxi. Para él, estar en París significa estar con Nadja; en cada momento ésta surge de aquélla.

Aparte de ser hija de la capital francesa, ella también se comunica a través de la ciudad. París es su creadora y su lenguaje. Esto lo notamos por múltiples acontecimientos inusitados que ocurren cuando Breton está a su lado. En algún momento dado, predice que una ventana se iluminará de rojo en un minuto: “Pasa el minuto. La ventana se ilumina. En efecto, tiene cortinas rojas” (166). En otra ocasión el camarero de un restaurante rompe once platos durante una sola

cena: “Es cierto que cada vez que vuelve de la cocina se encuentra frente a nosotros, que levanta entonces los ojos hacia Nadja y parece presa del vértigo” (179). Todo apunta a que Nadja tiene la facultad de comunicarse a través del mundo físico sin estar sujeta al flujo unidireccional del tiempo. Sus largos monólogos aburren a Breton como si fueran malas traducciones de su primera lengua, la del retablo material. Esta comunión que Nadja goza con su entorno tiene mucho que ver con el Edén. Como Adán y Eva, Nadja también termina desterrada de su paraíso: en un hospital psiquiátrico que, podemos estar seguros, queda *al este de París*. Su exilio, sin embargo, no es el resultado de haber probado ningún fruto prohibido, sino el castigo de haber intentado evocar el Paraíso en la capital francesa. Es de notar que *Aurelia o el sueño y la vida* también termina con Nerval en un manicomio. Los que más se acercan a la comunión total más sufren al perderla.

La locura y su relación con El Paraíso resulta ser también un tema de suma importancia en *Rayuela*. La larga trayectoria literaria de Horacio Oliveira, el protagonista, termina con él como paciente psiquiátrico igual que Nerval y Nadja. De hecho, en el capítulo 58, donde se presenta su locura, ocurre una gran condensación espaciotemporal. Por un lado, la narración confunde el piso de Gekrepten (la mujer con quien Horacio vive aunque la desdeña) con el manicomio (su antiguo lugar de trabajo). En algún momento Gekrepten le pregunta: “Si querés dormir entorno la persiana...así no se oye la radio de don Crespo” (470); pero en otro momento su médico dice: “Che Remorino, quedate cerca de la puerta y no dejés que el [paciente] 18 venga a fastidiarlo” (470). Por otro lado, el tiempo creado por el capítulo (un tanto parecido al evocado por la estructura del libro en sí) no puede entenderse de manera lineal. Sólo presenta enunciaciones de los personajes, las cuales, además, carecen de una firme secuencia lógica. Esto apunta a que un lector podría leer el capítulo de varias maneras sin perturbar la esencia de su

significado. Si este mismo lector, además, sigue el “segundo libro” sugerido por el Tablero de dirección, encontrará que el capítulo 58 y el 131 remiten uno al otro y así forman un ciclo interminable de modo que el libro nunca termina sino que sigue dando vueltas *ad infinitum*. Parecería, pues, que la locura permitiera a Horacio un escape del tiempo y sus fuerzas destructivas.

Sin embargo, una conclusión tan fácil no encaja con una novela como *Rayuela* cuya característica dominante es la complejidad. La narración refiere al deseo regidor de la vida de Horacio con muchos términos distintos: el centro, el kibbutz, el yonder y el gran útero para dar algunos ejemplos. Saúl Sosnowski, en su libro *Julio Cortázar una búsqueda mítica*, cristaliza este sentido:

Llegar al centro era reducir el Todo a un punto (Aleph) desde el cual es posible observar el universo; era asignar un valor único a ese Todo, era trascender el amor y la razón y todo lo que es humano; era dejar de ser hombre para incorporarse a ese nivel mítico que niega categorías y clasificaciones. (125)

Horacio, en cierta medida, consigue esto con su locura. El capítulo 58, desde luego, tiene rasgos de este punto Total. Sin embargo sólo es capaz de condensar una fracción de la totalidad de la novela y de la vida de Horacio, esto es, la parte argentina. De este modo, igual que el manicomio de Nadja queda fuera de París, Buenos Aires solo se entiende desde su oposición espaciotemporal a París. La novela empieza en la capital francesa donde Horacio vive con la Maga y mata el tiempo entre los amigos del Club de la Serpiente. Aunque no se da cuenta hasta después de perderlos, París y la Maga casi lo adentran en su kibbutz: “Lo que verdaderamente me exasperaba era saber que nunca volvería a estar tan cerca de mi libertad como en esos días en que me sentía acorralado por el mundo Maga, y que la ansiedad por liberarme era una admisión de derrota” (31). Buenos Aires, así, sólo se puede entender como el exilio del paraíso parisino: esa ciudad “donde el amor se llama con todos los nombres de todas las calles, de todas las casas,

de todos los pisos, de todas las habitaciones, de todas las camas, de todos los sueños, de todos los olvidos o los recuerdos” (555). El paraíso *no alcanzado* de París habría resultado en algo imposible de escribir, una plenitud que no cupiera en ningún lenguaje discursivo. La locura, en cambio, es el resultado inevitable y expresable de casi llegar al Yonder desde tierras diacrónicas.

La estructura de la novela entera es una lucha consciente contra los defectos del lenguaje discursivo. En su libro *Cortázar: Una antropología poética*, Néstor García Canclini propone que “las innumerables estructuras que los distintos lectores pueden organizar convierten a *Rayuela* en una obra plurívoca, generan una infinidad de interpretaciones que la hacen una especie de metáfora de la inagotable significación del universo, de su ilimitada ambigüedad” (84). De la misma manera que el capítulo 58 es infinito, *Rayuela* también da para lecturas inacabables. Así, todo el libro acerca la lengua discursiva a la no discursiva. En esto yace la importancia del personaje de Morelli. Aunque lo llamo personaje porque forma parte de la obra, también es un compendio de posturas literarias ante el mundo. En última estancia, ocupa una posición entre personaje diegético y el mismo autor de la obra. Las ideas que él presenta aparecen en *Rayuela* como cartas dirigidas a Morelliana o temas de conversación entre los amigos del Club de la Serpiente. Por lo tanto, las maneras indirectas de tratar sus ideas construyen, en realidad, la base de su obra. Cuando se describe un final proyectado de un libro que está todavía por terminar, es un pretexto. El final es lo único que importa:

La página contiene una sola frase: ‘En el fondo sabía que no se puede ir más allá porque no lo hay’. La frase se repite a lo largo de toda la página, dando la impresión de un muro, de un impedimento... Pero hacia abajo y a la derecha, en una de las frases falta la palabra *lo*. Un ojo sensible descubre el hueco entre los ladrillos, la luz que pasa. (487)

Con esto en mente, ni siquiera podemos estar seguros de que Horacio y sus amigos no sean creaciones literarias del italiano. Sus ideas los infectan hasta el punto en que no saben vivir fuera de su influencia. Horacio, en un momento dado, se reprende: “La culpa la tiene Morelli que

te obsesiona, su insensata tentativa te hace entrever una vuelta al paraíso perdido” (557). La conclusión evidente es, pues, que la novela en sí es la realización poética de las teorías de Morelli, es *su* paraíso literario. García Canclini cavila: “la poesía ayuda al hombre a ser plenamente él mismo, porque mientras en los otros discursos la palabra, hecha y gastada por la sociedad, está agregada a su ser, en la poesía es el hombre que la pronuncia y el hombre es la palabra que brota de sí” (94). Entonces tiene aún más sentido que Morelli exista como personaje en su paraíso poético. Pronuncia un mundo y, como consecuencia, se pronuncia a sí mismo. Es *Rayuela* y sus infinitas interpretaciones.

Si ahora volvemos a *Nadja* podremos ver cómo ella ayuda a Breton a evocar el ideal del surrealismo. La *Nadja* del libro, a diferencia de cualquier *Nadja* verdadera, es la creación literaria del poeta. De esta manera, ella se vuelve poco más que una herramienta que él usa para promulgar sus propios fines ideológicos (un tanto como Morelli). Breton es consciente de esto, pero su prioridad siempre es la literatura y la revolución surrealista. Se lo dice de manera explícita cuando conoce a *Nadja* en la calle Lafayette: “La vida no tiene nada que ver con lo que se escribe” (155). Todo esto apunta a que la *Nadja* literaria, ese ídolo de la comunión y la libertad, es la encarnación *del deseo de Breton*. El mito viene de la interioridad del que escribe. *Nadja-París* es la imagen literaria de lo que Breton busca pero no puede conseguir con *Nadja* (“Tampoco existía por mi parte [el amor] en absoluto, nunca había existido” -215). De esta manera debemos entender a *Nadja* no como una amante sino como una musa: su figura comparte rasgos de amante pero sin salirse del ámbito literario. Igual que el enamorado puede renacer en el amor, la musa ayuda a que el creador verbal se evoque con más precisión en la página. El penúltimo capítulo de *Nadja* termina precisamente con estas preguntas: ““¿Quién vive?” ¿Es usted, *Nadja*?...No la oigo. ¿Quién vive? ¿Soy yo solo? ¿Soy yo mismo?” (226).

La relación entre el escritor, la musa y el paraíso se invierte en *Paterson*, el poema épico de William Carlos Williams. Éste afirma, en una nota para la edición de 1951, que “a man in himself is a city, beginning, seeking, achieving and concluding his life in ways which the various aspects of a city may embody...all the details of which may be made to voice his most intimate convictions” (XIV). Es la única obra que caracteriza a la ciudad como un ente masculino.

El protagonista de *Paterson* es el espacio ciudadano. En vez de contar la historia de un hombre que se busca a sí mismo mediante la escritura del lugar, como es el caso en “In the Heart of...”, el poema de Williams emana de la propia voz del espacio que “se escribe”. El problema que padece *Paterson*, sin embargo, es la misma falta de conexión que, hemos visto, es la marca mítica del mundo antiparadisíaco. *Paterson* es incapaz de proveer un lugar de comunión a sus habitantes porque él mismo no está completo. Como una fuerza paternal, no puede incorporar la generosidad vital propia de la maternidad. Sus versos, un tanto desprolijos, reflejan esta quiebra; ni siquiera la escritura le permite un acercamiento a la integración. Algo le falta. Parecería que necesitara una musa para al menos cobrar forma literaria. Por lo tanto, exige a sus habitantes que se sometan a su deseo:

Your clothes (I said) quickly, while
your beauty is attainable.

Put them on the chair
(I said. Then in a fury, for which I am
ashamed)

You smell as though you need
a bath. Take off your clothes and purify
yourself

And let me purify myself

—to look at you,
to look at you (I said)

[...]

I ask you to bathe in my
opinions, the astonishing virtue of your
lost body (I said)

sus habitantes con desdén, como musas estropeadas. Es engreído y por eso, aunque lo declare mil veces, nunca encontrará el amor.

En el prefacio al libro, Williams plantea que el poema representa un lenguaje moderno para la ciudad de nuestros tiempos. Esta afirmación encaja bastante bien con lo que Hopper dice de la falta de mitología en la vida del hombre moderno. Su obsesión con encontrar un lenguaje amoroso y su repetido fracaso evocan una espacialidad desconectada del espíritu. Pero yo quisiera atenuar la declaración de Williams. He vivido en una ciudad moderna de suma ternura y amor, la Barcelona de 2015 y 2016. Todavía existen ciudades que cumplen su función de dar lugar a sus habitantes y a los que las visitan. En mi experiencia, los espacios como Paterson, masculinos y pobres de espíritu, los he encontrado en los Estados Unidos. Aquí, como le pasó a Stendhal, puede que yo haya desarrollado un desprecio por mi país de origen: “uno se queda encantado por la diferencia, se aburre de lo Mismo, exalta lo Otro; la pasión es maniquea: para Stendhal, en el lado malo está Francia, es decir, la *patria*—porque es el lugar del Padre—y en el lado bueno está Italia, es decir la *matria*, el espacio en que se reúnen ‘las Mujeres’” (“No se consigue nunca...”, 348-349). Esta perspectiva, aunque sea parcial, será imprescindible para lo que sigue. Al final, el mismo hecho de escribir estas palabras implica que ya he asumido la ciencia del bien y del mal. La muerte me acecha mientras evoco a mi Barcelona desde la tierra árida que la rodea y resalta sus facciones ideales.

II

Extractos de un diario atrasado

A finales del agosto de 2015, con diecinueve años, me mudé a Barcelona. Llegué allí casi por casualidad o por alguna maquinación del destino. Según los convenios de Knox College, mi universidad en Illinois, era el único lugar donde podría pasar un año entero y tomar clases de filología hispánica. En ese momento me devoraba un deseo feroz de aprender la lengua castellana. Era un anhelo singular y regidor de mi vida. Antes del viaje sabía muy poco sobre la cultura española, la arquitectura de la capital catalana y la comida mediterránea. Me interesaban estas cosas sólo en la medida en que me podrían servir para mejorar mis habilidades lingüísticas. De esta manera, Barcelona pudo haber sido Buenos Aires o Quito o Lima; con tal de que se hablara español y yo tuviera el año para sumergirme en el entorno lingüístico, habría estado contento. Sin embargo, aconteció que Barcelona se volvió la respuesta concreta a mi deseo sin lugar.

Cuando, al final de un año, volví a tierra estadounidense quedó claro que el lenguaje que había aprendido en España no se limitaba al idioma castellano ni al catalán omnipresente. De repente el olor a aceite de oliva se comunicaba conmigo, me hablaba de la delicia de una buena tortilla de patatas y las conversaciones que la acompañaban. El poder del lenguaje material me sorprendía. La ausencia de las cosas me dolía cien veces más que el lento desvanecimiento de mi español. Pasé dos años en los Estados Unidos y en ningún momento dejé de añorar la ciudad que había nutrido un año de abundante placer. En el verano de 2018, regresé por fin a España. Aunque mi estancia duró poco más que dos semanas, fue bastante como para recordar, con más nitidez que nunca, la plenitud. Al año siguiente repetiría un viaje parecido.

Mi romance con Barcelona no acaba con estas páginas; si de algo estoy seguro es que siempre estaré volviendo. Deseo que lo que escribo aquí sea testimonio de fragmentos de una experiencia *in fieri*; que sea un monumento menor a la ciudad que conozco y a la que he conocido, con la conciencia de que mi Barcelona está todavía por vivirse.

* * *

Una pared entera de la habitación del Hotel Ciutat Vella era un espejo. Las demás estaban pintadas de color rojo. Fue allí donde pasé mis primeras noches en la Ciudad Condal. La habitación era estrecha y no había ningún rincón en que esconderme de mi propio reflejo.

“Así te ves en España”, pensé. “¿Y cómo te verás?”

Knox College tenía un acuerdo con la Universidad de Barcelona para que cada año un grupo de estudiantes estadounidenses pudiéramos tomar clases en su campus antiguo. Knox era una universidad privada de artes liberales como hay muchas en los Estados Unidos. Esto significaba que la matrícula total no pasaba de 1.400 estudiantes y que el precio era astronómico para cada uno de los pocos que éramos. Lo bueno de eso fue que la universidad nos proveía de una habitación en un hotel al llegar a Barcelona, varias excursiones impresionantes a lo largo del año y una familia española con la que nos quedaríamos durante nuestra estancia. Recibimos todo esto sin tener que preocuparnos por nada. Pagábamos a Knox y éste nos dio todo lo que pudiéramos necesitar. Era como los *TV Dinners* de la película *Stranger Than Paradise*, de Jim Jarmusch: *I got my meat, I got my potatoes, I got my vegetables, I got my dessert, and I don't even have to wash the dishes*. Disfrutábamos de una despreocupación casi infantil.

Mi vuelo aterrizó en Barcelona un domingo de agosto por la mañana. La asistente del programa me recogió del aeropuerto y me acompañó al hotel en el Aerobús. No hablamos mucho durante la trayectoria quizás porque yo tenía demasiado que preguntar y no sabía por dónde

empezar. Llegar a la Plaça Espanya, sin embargo, fue una revelación sin palabras. Por primera vez entendí lo que podría ser la grandeza arquitectónica. Dos torres se erguían con el orgullo de un ambiente urbano que se preocupaba por la salud estética. Pero en un segundo las habíamos pasado. *¡Adelante, pasajeros!* Nos bajamos en la Plaça de la Universitat y me volví a asombrar. Aparte de las fachadas ornamentales de los edificios, las palmeras vistas por primera vez en mi vida y el bullicio urbano, lo que más me cautivó fue la *realidad total*. Aquí existiría yo. Aquí sería uno con el caos. La asistente se apresuraba a llevarme al hotel para que los carteristas no tuvieran la oportunidad de robarme: un guiri agobiado de bagaje. Fue así que me encontré solo en la pequeña habitación roja cinco minutos después de mi primera inhalación del aire húmedo del Mediterráneo.

A solas con mi imagen en el espejo, la emoción empezó a sosegar. Por naturaleza soy muy tímido en un ambiente que desconozco. Mis primeras noches en un país nuevo suelen ser un bochorno. Hay pocas cosas que me infunden con la misma angustia que escuchar el ruido foráneo detrás de la ventana. Cuando lo desconocido, al que tanto anhelo antes de llegar, se hace realidad, me espanta. Luego el miedo se convierte en vergüenza por no aprovechar mi tiempo. Esa tarde, sin embargo, sabía que si no salía sería una traición imperdonable a mi deseo de conseguir un entendimiento profundo del castellano. Si empezaba el año con una rendición al miedo, ¿qué precedente marcaría el resto de mi estancia? La vergüenza pudo más que el terror; salí a la calle Tallers y subí otra vez hacia la Plaça de la Universitat. De acuerdo con mis costumbres pueblerinas, intenté cruzar la calle que separaba Tallers de la plaza sin hacerle caso al semáforo. Estaba en la mitad de la calle cuando escuché un pito furioso acercarse con una rapidez desconcertante. Giré la cabeza y vi que una moto bramaba a dos metros de distancia. Me quedé congelado de susto pero la motociclista, con un grito enfadado, me esquivó en el último

momento. Cuando volví en mí corrí al otro lado de la calle. La gente a mi alrededor estaba absorta en sus móviles o hablando con sus compañeros. No les interesaba la escena que acabó de pasar.

Me senté en uno de los bancos de la plaza para que mi corazón se calmara. Miré a los chicos en *skateboard* practicar sus trucos con poco éxito pero excesos de ganas. Me extrañaban sus peinados cortos por delante y largos por detrás, me parecía un estilo anacrónico. Más tarde entendería que el tiempo se adapta de manera extraña a sus distintos hábitats. Mi agitación se tranquilizó después de unos minutos y quise seguir con mi paseo. Vi que seis calles desembocaban en la plaza como invitaciones misteriosas. Barcelona me proveía una abundancia de posibles gozos. Al final decidí tomar La Ronda de Sant Antoni por la sencilla razón de que era la más cercana. Caminé hasta llegar al mercado del barrio que en ese momento estaba en obras de renovación. Aun así, su imponencia me quitó el aliento. La cúpula del edificio con su ornamentación morisca me suscitó una nostalgia por una vida europea que jamás había experimentado. En cuanto a las joyas arquitectónicas que brotan del urbanismo barcelonés, todavía no había visto ni las más bonitas ni las más sorprendentes. Pero la ciudad ya me estaba iniciando en su emocionante lenguaje peatonal.

Volviendo del mercado, intentaba escuchar a la gente que me pasaba por la calle; pero yo buscaba una conversación, una *interacción*. Necesitaba pasta de dientes, pero no sabía el nombre en español. Después de dudar, entré en un supermercado en la esquina de Tallers y Sant Antoni. Había un hombre con cara aburrida sentado detrás del mostrador. Me saludó con un mínimo de esfuerzo:

“Hola.”

Su mirada me preguntaba qué quería. Tartamudeé algo mientras hice el gesto de cepillarme los dientes. Sin levantarse señaló donde estaban los productos de higiene. Escogí el primer tubo que encontré y volví al mostrador. El hombre me dijo algo que no entendí. Sonreí con vergüenza:

“¿Qué?”

Repitió la frase pero pudo haberlo dicho en tailandés. Con la cara roja le intenté explicar que lo sentía pero que no entendía. Con una risa de poca paciencia tomó el tubo, lo escaneó y me mostró la pequeña pantalla del cajero:

“95 centavos.”

¡Ajá! Saqué mi cartera y pagué con la extraña moneda europea. Cogí mi compra pero antes de salir miré al hombre y le dije:

“Gracias.”

Volví a la habitación del hotel y a la vez que superaba la vergüenza disfrutaba el dulce sabor de la primera palabra española que pasó por mis labios en suelo barcelonés.

* * *

Después de algunos días de orientación me presenté en la casa de Lucía y Enrique Vidal, el matrimonio septuagenario con que me quedaría el resto del año. Los dos eran muy bajos y de caras benévolas. Al verme, Lucía me abrazó con energía frenética. Cogió mi mochila y la llevó al ascensor mientras me preguntaba si había perdido peso, que me veía más gordito en la foto que le habían mandado. Enrique me ayudó con la maleta y sonreía, pero no decía nada. Apenas cabíamos en el ascensor. Lucía me tocó el hombro como para tranquilizarme.

“Estarás agobiado, hijo, ya lo sé. Pero eso te pasará enseguida. Barcelona es un lugar muy bonito para vivir. Ya verás.”

Los Vidal eran una familia humilde. Los dos habían trabajado toda la vida, él como mecánico y ella de costurera y anfitriona de estudiantes extranjeros como yo. Estaban orgullosos de haber podido criar bien a sus dos hijas que ya llevaban vidas acomodadas, una en París y la otra en su propio piso de Barcelona. Lucía provenía de una familia andaluza que, como tantas otras, se había mudado a Cataluña durante la posguerra. Su juventud estuvo marcada por la escasez y eso la volvió parca al extremo. Se permitía una sola bolsita de té por semana. Siempre había una tacita de vidrio en la encimera de la pequeña cocina donde reposaba la bolsita para el día siguiente. Digo que era parca, no tacaña. Más comida y de mejor calidad no he probado fuera de la casa de Lucía. Su llamado diario de *come y bebe que la vida es breve* fue suficiente para que mi boca salivara como los perros de Pávlov. Su generosidad era de tal abundancia que no se la podía agradecer. Era algo que solo se espera de una madre. Aparte de darme de comer, me lavaba y planchaba la ropa, me hacía la cama y hasta barría el piso de mi cuarto. Al principio me horrorizaba que hiciera esas cosas. Tampoco era yo un vago y, ya que vivía con ellos, lo mejor sería ayudar con los quehaceres. Pero discutir con Lucía era inútil.

“Mira, yo nunca plancho nada. No me importa en absoluto que mis calcetines tengan arrugas”, protestaría yo.

“No, ¡si yo plancho todo! Me gusta, ¿sabes? No te preocupes. Tú a lo tuyo y yo a lo mío. ¡A estudiar!”

Lo único que pude conseguir era secar los platos después de comer. Ella los fregaba con una fuerza insólita para su tamaño y dulce personalidad. Sus manos salpicadas de quemaduras de aceite caliente agarraban los platos como por su cuenta. Eso dejaba libre a su mente para pasear por todo tipo de tierra fértil de la conversación. Mi deber durante esos momentos fue escuchar y secar, nada más. Ella sabía muy bien cuándo era mejor hablar y cuándo callarse. Aunque no

conocía los detalles intrincados de la adquisición de una segunda lengua, era una verdadera maestra de la hospitalidad. Intuía que lo que más necesitaba yo durante mis primeras semanas españolas era escuchar a los hablantes nativos, y estaba contenta de ayudar. Dicho esto, no todo era sacrificio. También creo que para una mujer como Lucía, que ha pasado toda su vida al servicio de los demás, tener una o dos horas para exponer *sus* ideas y *sus* opiniones conllevaba cierto placer o cierto alivio. Yo, por mi parte, aseguro que aprendí a hablar español con el trapo en la mano.

* * *

La Diada catalana ocurrió apenas unas semanas después de mi llegada. Me emocionaba la idea de participar en ella. Quería presenciar un acto histórico. Quizás el 11 de septiembre de 2015 sería el día en que Cataluña tomaría el paso definitivo para conseguir la independencia. Esa mañana se escuchaba el bullicio del Passeig de Lluís Companys desde la terraza del piso de los Vidal. Se respiraba una esperanza sobrecogedora y yo estaba seguro de que ese día sentiría la verdadera angustia del pueblo catalán, escucharía el discurso que definiría el movimiento, vería a los oprimidos romper las cadenas de su humillación. Lucía insistía en acompañarme a la manifestación. Intenté decirle que prefería ir solo pero no me hacía caso.

“¿Con la cosa como está ahora? ¿Tantos carteristas y tú que no conoces la ciudad? No, hijo mío. Yo te acompaño.”

No la pude esquivar, así que fuimos los dos. Su estatura reducida hacía que caminara a un paso lento. Tardamos más de una hora en ir desde el Arc de Triomf hasta la Avenida Meridiana, cerca del Mercat dels Encants, donde estaba previsto que los políticos independentistas pasarían con una gran flecha amarilla para simbolizar la marcha hacia un futuro libre. Lucía no parecía notar la energía que la rodeaba. Me iba contando de la paella que pensaba hacer ese domingo.

Aunque agradecía su preocupación por mi seguridad, no me interesaba en absoluto la comida del domingo. Prefería intentar pillar las conversaciones de la gente que pasaba por mi lado como bancos de peces alborotados.

Cuando por fin llegamos a la Meridiana el ambiente era alegre, como un festival nacional. Nos dieron flechitas moradas para alzar cuando los helicópteros pasaran con sus cámaras. Los niños jugaban entre las piernas de sus padres que tomaban infinitas cervezas Estrella Damm y se divertían igual que sus hijos. Después de aceptar su flechita, Lucía me habló enfáticamente del mejor transporte público para llegar a la universidad desde casa. Yo buscaba algo que señalara la gravedad de la situación. ¿Dónde estaban los llantos de dolor, o acaso los himnos de solidaridad? Nada. Pasamos mucho tiempo esperando a que llegaran los políticos con la flecha amarilla, pero desde hacía media hora yo estaba aguantándome las ganas de orinar. Lucía sugirió que fuéramos a un bar para tomar una clarita y refrescarnos. Ya me estaba dando cuenta de que no iba a presenciar nada revolucionario y asentí. Mientras buscábamos un sitio Lucía me seguía hablando de los mejores mercados de pescado.

* * *

Mis tardes domingueras eran viscosas. Me movía por ellas como por un sueño lento. El piso se llenaba de una luz tibia y yo me sentía como uno de los pequeños puntos de polvo que flotaban por el salón sin dirección. A veces bajaba a la calle por la mañana para comprar una barra de pan. A veces no bajaba. Lucía y Enrique tenían la costumbre de ver las películas alemanas que ponían en La Una, el canal nacional de Radio y Televisión Española. Bromeaban que Rajoy había convencido a Merkel de venderle a bajo precio todas las películas que nadie veía en Alemania. La verdad es que eran todas malas, pero la poderosa tranquilidad de esos días no nos permitía hacer otra cosa.

Siempre me ha sorprendido la ternura que puedo llegar a tener hacia una persona con quien veo muchas películas. Es como si el mero hecho de estar sentados juntos, sin hablar y sin hacerle uno caso al otro, creara las condiciones para un amor suave. Me parece que el cine nos invita a una comunicación misteriosa. Por más que un film esté construido con meticulosidad, la pantalla es el lienzo donde los videntes nos dibujamos a nosotros mismos. Si la película es buena, es capaz de dar un toque revelador a nuestra imagen. Si es mala, nos reímos como cuando vemos nuestra imagen en un espejo de feria. Lo que tiene el cine es que permite que varias personas pasen horas juntas en un espacio delimitado con las almas atentas. Aunque al ver una película con amigos sólo veo a mi propia semblanza, me pregunto si nuestras almas interactúan allí en la pantalla. Me pregunto si ocurre una comunicación más plena, como si compartiéramos un sueño. Sí, esas tardes eran casi como sueños y pertenecían a nosotros tres.

* * *

A finales de octubre me encontraba nervioso. Habían transcurrido dos meses y aún no había trabado amistad con ningún hispanohablante de mi edad. Durante mis largas caminatas en busca del contacto con mi entorno, veía a los catalanes como a través de un cristal. Se movían por el ambiente barcelonés como apéndices orgánicos de la calle, sus conversaciones teñían el aire de un color casi anaranjado y yo pasaba mis días mirándolos como un adicto a la televisión. Me absorbían las hermosas imágenes de la ciudad pero cada noche, al dormirme, sabía que no había vivido nada. Veía, sentía y hasta tocaba Barcelona pero el cristal permanecía impermeable.

Un lunes de noviembre me harté de quedarme fuera de la realidad española y decidí comer con un estudiante español escogido al azar durante el descanso del mediodía. El edificio antiguo de la Universidad de Barcelona está dividido en tres secciones. Una, que tiene tres pisos de aulas y oficinas, encierra el patio de Letras. Otra, casi idéntica pero a unos cien metros de

distancia, circunda el patio de Matemáticas. La tercera sección del edificio conecta las otras dos y contiene el paraninfo. En última instancia, el edificio tiene la forma de una U cuadrada, o un rectángulo al que le falta el cuarto lado. Un jardín espléndido brota del hueco que deja esa línea ausente y se expande por todo el campus que no está cubierto de cemento. Allí abundan árboles de todo tipo, arroyos y fuentes. Los estudiantes, en sus ubicuos grupitos, suelen aprovechar la belleza natural para comer sus bocadillos, conspirar sobre la revolución catalana y fumar. A veces, aunque es menos común, también hay estudiantes que comen a solas. Estos eran los que yo buscaba aquel día.

Merodeaba por el jardín como los gatos salvajes que rogaban a los estudiantes que les dieran de comer. Me saciaría con una conversación. Vi caras bonitas y caras acogedoras, otras absortas y algunas de mala leche. Sin embargo, no me acerqué a nadie, me parece, por el temor del estruendo que haría el cristal al romperse. Aunque este empeño quizás no me habría dado tantos problemas si hubiera estado en mi propio país, la dificultad venía del hecho de que todavía no conocía el ámbito cultural que me rodeaba. Ese día yo era como un personaje de Sergio Pitlor: “El exotismo de pacotilla que los rodea [a sus personajes] apenas cuenta; lo importante es el dilema moral que se plantean, el juicio de valor que deben emitir una vez que se encuentran desasidos de todos sus apoyos tradicionales, de sus hábitos, de las coartadas con que durante años han pretendido adormecer su conciencia” (139). Varias veces intenté acercarme a un estudiante. Varias veces fallé. Estas tentativas eran el pequeño escenario donde se representaba una batalla interna entre la comodidad de quedarme siempre fuera de la realidad y el deseo de entrar por fin en la vida expansiva de Barcelona. El resultado de esa batalla determinaría gran parte de mi estancia en la península ibérica.

Di dos vueltas por el jardín sin abrir la boca ni para comerme el bocadillo ni para decirle hola a nadie. Dos veces la cobardía reinó en mí. Pero la tercera vez algo cambió. Sin pensar, sin decidir, me encontré enfrente de una chica sentada al lado de una fuente. Estaba mirando algo en su móvil pero alzó la mirada cuando sintió que alguien se había acercado. No había vuelta atrás.

“Hola, ¿puedo sentarme contigo?”

Su ojos cautelosos se volvieron curiosos.

“Pues sí, si quieres.”

Se llamaba Greta, era de algún pueblo perdido por Lleida. Se rió cuando le conté de mi angustia para presentarme, pero fue amable. Durante nuestra conversación trabajosa yo iba perdiendo los nervios poco a poco. Después de comer, me dijo que había quedado para tomar un café con algunos amigos de la facultad de Letras y me preguntó si me apuntaría. Con una nueva confianza asentí sin titubear. Pasamos al patio de Letras y me presentó a un grupo de chicas. Una de ellas, baja y morena, se presentó con un carisma desenfadado. Se llamaba Rosita, era del norte de Colombia. Odiaba los Estados Unidos por su política exterior pero le parecía curioso que un guiri hablara más o menos bien el español. (No lo dijo como un cumplido pero me halagaba de todos modos.) Yo le quise explicar mi pasión por su idioma pero éste solo me lo permitió a medias. Aun así, mi intento debía de haberle excitado algún interés porque de repente me preguntó por mi autor preferido. Le dije que era John Steinbeck. Leí *Las uvas de la ira* cuando tenía 14 años y desde entonces su prosa vernácula y sus tramas épicas habían contribuido de gran manera a mi gusto por el arte narrativo. Ella se sorprendió y pasó a la jerga española: “¡No me lo puedo creer, tío! Acabo de leer *Al este del Edén*. Lo terminé hace dos días, te lo juro”.

Luego sacó su ejemplar en castellano y empezó a emocionarse por la maestría de Steinbeck al crear a la personaje Kate. Rosita y yo no fuimos a tomar café esa tarde. Nos

quedamos en el patio hablando de la literatura estadounidense, luego del cine de Tarkovsky hasta que volvimos a nuestro amor por la lengua española. El tiempo pasó volando y los dos nos dimos cuenta de que teníamos que ir a clase. Antes de despedirnos quedamos para ver una película otro día en la filmoteca. Me brotaba una sonrisa incontrolable mientras caminaba hacia la clase.

* * *

Un día invernal de un inusitado calor Rosita y yo acabamos una larga caminata sin rumbo ni expectativas en la playa de la Barceloneta. La franja de arena estaba salpicada de gente que, como nosotros, disfrutaba de la efímera alegría climática. Hacía tiempo que sentía surgir un amorío de nuestros largos paseos casi a diario. Pero fue esa tarde, tumbado en la arena, cuando cobró su forma madura. Era una cosa sencilla como suelen ser los gestos que nos enamoran. Fue una pregunta o, mejor, *la pregunta*. Esa que necesitaba yo para divulgarle mis grandes preocupaciones de la época y así verlas reflejadas en ella como superables. Eran cosas con profundas raíces en mi personalidad. Se trataba sobre todo de un impulso de hacer lo que fuera para quedar bien con quienquiera que conociera. Esto me había dado grandes problemas durante mi primer año en Knox College, hasta que en algún momento parecía que mi yo había perdido cualquier sentido. Mi tiempo en Barcelona me había ayudado a reencontrarme en un nuevo lugar y en mi segunda lengua. Me sentía casi libre de mi servidumbre anglosajona pero tenía que nombrar mi maldad antes de exorcizarla. Ese día Rosita supo llevarme a la pronunciación. No sé si eran sus palabras, su sincero interés o el ejemplo de su personalidad inequívoca lo que le dio esa habilidad. En todo caso, el confesionario se alejaba por completo de la vulgaridad. Por unos momentos nos entendimos como si el aire que respirábamos contuviera el sentido verdadero de nuestras palabras.

De repente entiendo la razón literaria por la que Cortázar hace tanto hincapié en la pedantería de Gregorovius en el capítulo 15 de *Rayuela*. Las incesantes preguntas que le hace a la Maga sobre su vida personal no conllevan el propósito de la comunicación sino la seducción. A través de las preguntas intenta solicitar una confianza que luego usará para llevarla a la cama. Presenta así una especie de negativa de la comunicación. Cuando ella le revela con íntimos detalles la historia de su violación (es decir cuando responde a sus instigaciones), él se asusta y así pone en evidencia el indignante abuso del poder de sus preguntas. Degrada, con fines mezquinos, la búsqueda de la comunicación. No quiere saber de la violación porque no quiere comprender a la Maga. Entiende que la pregunta es un aspecto clave de la intimidad pero su pedantería ilustra el hecho de que las intenciones importan más que los medios. En mi caso, al parecer, yo estaba flotando en un río vital como el Rey Pescador hasta que apareció Rosita con motivos puros y la pregunta justa.

* * *

Cuando la conocí, Rosita vivía en el piso de un empresario catalán donde trabajaba de niñera. Él se llamaba Joan, tenía 53 años y se había divorciado de tres esposas. Con la segunda había tenido dos hijos, los cuales pasaban la mitad de la semana con él. Cuando los niños estaban en casa el trabajo de Rosita era prepararlos para la escuela, recogerlos al final del día, hacer la cena y llevarlos a la cama sobre las 10 de la noche. Cuando ellos no estaban, ella tenía más tiempo libre (solíamos aprovecharlo para jugar a los naipes en Els Jardins del Turó del Putxet, nadar en la piscina de un gimnasio cercano o andar por el barrio de Les Tres Torres en patines). Aun así, sin la distracción de los niños, tenía que aguantar un aumento del abuso verbal de Joan. Estoy seguro que detrás de su cara desgastada calculaba cada uno de los euros que gastaba en

mantener a Rosita allí. Aunque le fastidiaba pagarle los días que no la necesitaba para cuidar a los niños, no la dejaba irse porque sin ella no sabía qué hacer con sus hijos.

Un día Rosita y yo entramos en el piso después de interpretar algunas páginas de Macbeth en la plaza pegada al edificio donde vivían. En el pasillo encontramos cuatro contenedores de plástico donde Joan había tirado todas las cosas que Rosita tenía en su cuarto. Él nos miraba desde el salón como un perro rabioso.

“¿Dónde coño has estado?”, le dijo a Rosita sin mirarme.

Ella respiró hondo para calmarse. Vi que sus manitos se tensaron durante un segundo pero luego las relajó y mostró una sonrisa enorme: “Hola, Joan. ¿Cómo has estado? ¡Tom y yo lo hemos pasado de puta madre recitando a Shakespeare!”

“Te he llamado.”

“Mi móvil no tiene batería.”

“No puedo encontrar el candelabro de mi abuela.”

“¿Dónde lo dejaste?”

Joan se acercó a nosotros con furia. Parecía que iba a agarrarla por el cuello pero se restringió. Ella no se movió, no mostró ningún efecto de miedo.

La voz de Joan subió en tono: “¿No te parece que debería preguntarte yo dónde lo dejaste tú?”

Sus caras estaban separadas por meros centímetros. Joan se encorvaba de manera grotesca para mirarla frente a frente. Rosita, con una calma exagerada, le dio una palmada en el hombro:

“No te he robado el candelabro, no te preocupes.”

“Mentirosa.”

“Hijo de puta.”

Joan empezó a pestañar incontrolablemente como si el insulto le hubiera entrado por los ojos, pero no se retiró. Rosita señaló a las cajas:

“¿Me echas?”

“No. Sólo he hecho eso porque estaba registrando tu cuarto. Tú te quedas. Los chicos vienen mañana.”

Ella se inclinó y cogió uno de los contenedores: “No, Joan, me voy. Me voy ahora mismo porque eres insoportable, ¿vale?”

Yo fui a coger otro pero él puso su mano en mi pecho para detenerme: “¿Sabes lo que va a pasar a tu amiguita si os vais con estas cosas? Dentro de unos días la policía la encontrará donde sea que se esté quedando y la llevará a la cárcel. Luego, cuando salga, no podrá encontrar trabajo en ningún lugar, aparte quizás de las calles del Raval, porque nadie contrata a ladronas sudacas. Así que ya te puedes ir tú solo, míster americano. Rosita y yo sabemos resolver nuestras cosas—.”

Antes de que pudiera terminar de pronunciar su última palabra, Rosita le escupió una enorme bola de saliva en su cara. Aterrizó con fuerza en su mejilla arrugada. Se quedó estupefacto.

“Haz lo que te dé la gana, Joan, pero aquí no me quedo.”

Con eso cogimos sus cosas como pudimos y bajamos a la calle. Otra vez en la plaza, yo la vislumbé desde detrás de su colección de discos compactos y ella me miró entre un hueco que había en sus sábanas. Irrumpimos en una risa incontrolable. Después de que se nos pasó se lanzó a mis brazos y me besó. Esa noche ella durmió en mi cama.

Nunca vino la policía a buscarla.

* * *

En la primavera mi familia vino a verme y a pasar una semana de vacaciones en España. Tenían reservaciones en un hotel cerca de la Plaça Sant Jaume. Somos una familia de cinco: mis padres, mi hermana mayor, mi hermano menor y yo. Era la primera vez que, desde el verano anterior cuando nos despedimos en Milwaukee, volvía a verlos a todos, salvo a mi hermana Ariel. Ella vivía en Nueva York y no la había visto desde hacía un año cuando la había visitado durante el descanso de la primavera. Ella llegó el mismo día que los demás pero desde la Gran Manzana. Tiene tres años más que yo y de niño adolescente la veía como una diosa. Ella renunció a la universidad después de graduarse de *High School* y se embarcó en un viaje por los Estados Unidos. Escogió, a pesar de las consecuencias, hacerle caso a su necesidad interna de escribir y se adentró en la vida bohemia. Eso, para mí, fue un acto esperanzador: me prometía una salida emocionante cuando lo único que veía a mi alrededor era una aburrida existencia suburbana. Cuando alguien me preguntaba por ella respondía con orgullo que era poeta y que andaba por no sabía dónde, libre de las cadenas conservadoras de la clase media del *Midwest*. No fue hasta varios años después que me di cuenta de que su vida rebelde no venía sin dolor.

Cuando llegaron en marzo, Rosita ya se había mudado a un piso de la calle Aribau que compartía con unas jóvenes estudiantes de la Pompeu Fabra. La veía feliz con la compañía de sus nuevas amigas. Salían juntas y se cuidaban entre sí. Le aliviaba a Rosita tener, de nuevo, una casa que la amparaba. Unas semanas después del incidente del candelabro, mientras comía y leía en la Plaça de la Universitat, sintió que alguien se acercaba. Era Joan. La saludó con una sonrisa que desmentía una falta de práctica. Rosita se quedó mirándolo sin responder. Al ver que no habían hecho las paces Joan empezó a contarle que los niños la echaban de menos, cada día preguntaban por ella. Al final, fue su exesposa quien se había llevado el candelabro sin decírselo.

No había ninguna razón, de hecho, por la que ella no podría volver a trabajar en su casa. Ni siquiera tendría que vivir allí, podría trabajar sólo los días que estaban los chicos. Rosita escuchó las palabras que salían a borbotones de la boca de Joan con paciencia. Luego le preguntó cuánto tiempo la había esperado en la plaza. Él se ofendió y dijo que estuvo allí porque tenía una reunión en Forcadell. Ella se rio y le dijo que jamás en su vida volvería a trabajar para él y que si se le ocurrió volver a acecharla en la universidad podría estar seguro de que los Mossos d'Esquadra se enterarían. Desde aquel día no volvió a escuchar de él.

Durante las semanas anteriores a la llegada de mi familia, Rosita y yo planificamos varias actividades. Una que nos daba mucha ilusión fue llevar a Ariel a un concierto punk en el bar Always On, en el Raval. Sabíamos que le encantaría, pero vaciló cuando le sugerimos la idea. Por una razón que yo desconocía Ariel había estado de mal humor durante todo el viaje. Al final, sin embargo, después de mucha persuasión, asintió. La caminata desde el hotel fue la primera vez que la vi fuera de la presencia de nuestros padres. De inmediato sacó un cigarrillo, lo cual me sorprendió. Habría empezado a fumar hacía poco, después de la primavera anterior. Me dio pena ver lo que me parecía una estupidez dañina y evitable, pero disimulé mi disgusto para no arruinar la noche. Le pregunté para ver si se abría un poco:

“How are things going in New York?”

Respondió de inmediato: “Ah, not too bad. I think I'm ready to move on, though”.

Ella tenía la tendencia de describir toda situación terrible como algo que no era ni bueno ni malo. No sé si lo hacía para fingir o si venía de un anhelo desesperado de convencerse de que las cosas no iban tan mal como parecía.

“Oh yea?”

“Yea, you know, there’s not much work and the city’s really expensive. The band broke up, too.”

Se había juntado a la banda musical de unos rusos expatriados en Brooklyn. Ella escribía las letras, cantaba y tocaba la flauta travesera. La música era caótica como sus vidas. La semana que estuve allí me pareció que el alcohol era la fuente de toda su actividad creativa pero en algún momento Ariel me confió que, muchas veces, la misma actividad artística era una excusa para emborracharse. Estaban ensayando cuando los conocí. Me acogieron con una efusiva alegría. Me llevaron a un bar aunque yo solo tenía 18 años, en un puesto marroquí me invitaron su plato favorito y terminamos por ver videoclips rusos en uno de sus pisos. Había advertido que Ariel se pegaba durante toda la noche al chico cuyo nombre era Danny. Intuí que la separación de la banda coincidía con la separación de él, pero no era el momento para preguntarle.

“Shit. Where do you think you’ll move to?”

“I’ve been thinking about going back to Milwaukee, actually. The University of Milwaukee has a good film program.”

Rosita, en un inglés trabajoso, le preguntó por ese cambio abrupto entre la poesía y el cine. Le fascinaban las historias que yo le había contado de mi hermana. Rosita veía en Ariel un alma comprometida con la creación y quería conocerla mejor. También sabía de mi reciente y creciente desengaño con ella. Hacía unos meses mi madre había guardado una porción de la herencia de mi abuelo para que Ariel siguiera una carrera universitaria. Aunque no quería enojarme por eso, no pude evitarlo. Si Ariel no usaba ese dinero, sería destinado a pagar mis préstamos de la universidad; todo el mundo sabía que Ariel no iba a terminar ninguna carrera universitaria, pues su carácter no encajaba con la rigidez académica. Aun así, me sentía culpable por desconfiar de mi hermana y sabía que yo tampoco tenía ningún derecho al dinero. De todos

modos, y por desgracia, el acontecimiento me involucró con las consecuencias de las decisiones de mi hermana y no había vuelta atrás. El halo que siempre veía brillar detrás de Ariel empezó a apagarse.

Las chicas estaban conversando sobre Patti Smith cuando llegamos a Always On. El interior era angustioso como cualquier taberna punk que merezca el nombre. Las paredes estaban pintadas con grafitis, en el fondo había medio tubo para chicos con *skateboards* y los camareros llevaban *piercings* como condecoraciones. Era el sitio perfecto para Ariel. Nada más entrar, su semblante cobró nueva vida. Sus ojos, que habían estado medio dormidos hasta entonces, se encendieron. El ambiente cutre era el elixir de su lucidez. Pedimos cervezas baratas y la banda explotó los altavoces. Nos arrastró la ola humana que se apresuraba a acercarse al pequeño escenario. Bailamos. Rosita se movía con la suavidad de su crianza caribeña, yo con mi soltura extraña y Ariel como una epiléptica sonora. Éramos un trío de locos metido en una masa embriagada. En ese momento pude perdonar a mi hermana su mortalidad.

Después de más o menos una hora, Ariel se deslizó por la muchedumbre para usar el lavabo. Rosita y yo disfrutamos de un momento de intimidad. Me gritó en la oreja que Ariel le caía genial.

“Inexplicable”, dijo. “¡Una pasión deforme!”

Me alegró que las mujeres de mi vida se llevaran bien, me daba una suave armonía. Sin embargo, después de 15 minutos Ariel no volvía. Rosita fue al baño para buscarla pero no la encontró. Tampoco la veíamos entre la gente que bailaba. Mi euforia se empezó a desplomar, ella hablaba muy poco español y yo no tenía ninguna idea de dónde se podría haber metido. Salí a la calle, no la vi. Pregunté a los camareros si habían visto a una chica alta con cabello rojo erizado. Nada. Rosita decidió buscarla por las calles cercanas. A medida que pasaba el tiempo mi

preocupación se agudizaba. Parecería una reacción desmesurada pero estaba confrontando un miedo fatídico que había estado creciendo en mí a lo largo de los años. De repente su mal humor, su hábito de fumar, la separación de Danny y mi sospecha de una dependencia alcohólica se volvieron señales funestas. En un acto de desesperación, entré en el lavabo masculino. Allí, con la puerta del urinario bien abierta y junto con un chico rubio que debía de ser inglés, la vi bajar la nariz al inodoro y hacerse una raya de cocaína. Se levantó y me vio. Sonrió avergonzada:

“Fucking Danny.”

Agradeció al inglés, me abrazó y volvió a la pista de baile. Rosita estaba esperando en la puerta del bar. Al vernos salir del lavabo masculino me miró con una curiosidad entretenida.

“¿Qué quieres que te diga? Está viva y fuma y se hace líneas de cocaína con desconocidos en los baños más cutres de Barcelona”, le dije.

Esto le hizo mucha gracia a Rosita. Me respondió que Ariel era una joya y fue a buscarla a la pista de baile. Yo ya no quería tener nada que ver con Always On. A mí también me habría encantado esa historia varios años atrás, cuando Ariel era intocable. Pero ahora que sabía que era humana y por tanto vulnerable y probablemente rota, me puso triste. Triste y temeroso.

* * *

Durante mi último día en Barcelona me sentía un poco como imagino que se siente el preso el día de su ejecución. Todos sabemos que llegará un día en que cesaremos de existir. Pero mientras no sepamos la fecha y hora, el momento que *llegará* seguirá siendo una vaga amenaza, fácil de olvidar. Sin embargo, cuando esos datos pierden su misterio se transforman en una fuerza arrolladora que sujeta todo lo demás a su fecha límite. Pasé mis últimas semanas en Barcelona metido en una penumbra. Carecía de presente porque no tenía futuro.

* * *

En la primavera de 2017, casi un año después de dejar España, estaba a punto de conseguir mi título universitario. Como la filología hispánica no me garantizaba ningún trabajo específico y como tampoco sabía lo que quería hacer, decidí enseñar inglés en el extranjero. Aunque me había dolido salir de Barcelona, tenía claro desde el día en que me fui que no quería llevar una vida nostálgica. Quería vivir con el mismo deslumbramiento que en tierras ibéricas me fascinaba de manera constante. Antes de llegar a los Estados Unidos pensaba que lo único que hacía falta para vivir intensamente eran ganas. Sin embargo, aunque el Tom que volvió de España no era el mismo que el que se había ido, la cultura estadounidense seca y puritana ganó una serie de batallas silenciosas sobre mi modo de vivir hasta volverme otra vez el que yo era. Ya casi no me acordaba de quien fui en España. Es verdad que me gustaban ciertos aspectos de mi vida universitaria en Illinois, aprendí mucho sobre la literatura y la creación artística; pero cuanto más me alejaba de la persona que había aprendido a ser en Europa, más me costaba evitar la nostalgia.

Sin embargo, soy terco y tengo el hábito infantil y molesto de intentar engañar, con trucos mentales, a los sentimientos. Por ejemplo, para probarme a mí mismo que no anhelaba volver a Barcelona y, por ende, a una época de mi vida que estaba cerrada con una cerradura imposible de forzar, decidí viajar a Barranquilla, donde Rosita había pasado gran parte de su niñez. Aunque no lo admitía en ese momento, ella era la única razón por la que me interesaba la costa atlántica colombiana. En ese momento no conocía a nadie allí. Ni siquiera había trabajo garantizado en la ciudad industrial cuando sí lo había en urbes más cosmopolitas como Bogotá y Medellín. Sin embargo, al final, mi propósito nunca fue buscar trabajo. Anhelaba encontrar el sentido de libertad, la emoción perdurable y la magia cotidiana que había vivido con Rosita. Lo que encontré en Barranquilla fue humedad, inquietud y decepción. Me fui antes de que la semana

terminara. Más tarde Rosita me diría que salí con el rabo entre las piernas, y tenía razón. Me asusté la primera noche cuando me enteré que la pequeña habitación que había alquilado estaba todavía en obras y no tenía ningún otro lugar donde quedarme. Sin embargo, pensaba seguir a pesar de ese susto y varias otras desgracias hasta que por fin encontré una manera de comunicarme con Rosita. Ella me dijo que me fuera si no me gustaba: no tenía porqué quedarme allí, no tenía nada que probar. Experimenté un alivio intenso cuando escuché esas palabras de su boca. Por fin admití que la mudanza no había sido nada más que la búsqueda de la Rosita de Barcelona y que nunca la iba a encontrar en Barranquilla. Tampoco la encontraría en mis numerosos viajes de vuelta a Barcelona. Allí quedaban las cosas que me recuerdan la plenitud pero no son capaces de devolvérmela en su realidad. De hecho, donde menos la he podido encontrar ha sido en Rosita misma. La comunión que mantuvimos y la Barcelona que la nutría se nos esfumó el día que me fui. Lo único que puedo hacer ahora es tallarla con el material de los recuerdos.

III

Barcelona: vida y muerte

A lo largo de los años posteriores a mi salida de Barcelona, he intentado varias veces evocar, con mis palabras, esa ciudad. Al releer estos textos noto que casi siempre giran en torno a la muerte: el suicidio inexplicable de un inglés en la Plaça de la Universitat, por ejemplo, o el lento marchitamiento de una rosa en el Parc de Cervantes. Parece que no puedo hablar de Barcelona sin también referirme a la parca. Supongo que todo esto tiene una explicación biográfica bastante sencilla. Al despegar el avión que me devolvió a Wisconsin, se hizo pedazos el yo que había surgido de las curvas y rincones de la capital catalana.

Mi año en Barcelona, en este sentido, dio lugar a toda una vida simbólica. Durante los primeros meses de mi estancia, gocé de una nueva “niñez” que estuvo marcada por una búsqueda del lenguaje barcelonés. En la medida en que aprendía este lenguaje, iba entrando en una especie de edad adulta. Gracias a esta “madurez”, gocé de una comunicación plena con mis amigos y con Barcelona en sí. Todo terminó, sin embargo, con la “muerte” que antes he señalado. Esta “muerte”, lo entendía desde el principio, no era definitiva; había toda una vida que me esperaba al otro lado del Atlántico. Sin embargo, a diferencia de cualquier ultratumba religiosa, mi regreso al entorno familiar se destacaba por la total indiferencia estadounidense ante lo que lo procedió. No reflejaría en absoluto ni mis méritos ni mis pecados españoles. Volver a Wisconsin implicaba el regreso a un modo de existencia previo a mi estadía, el que, por cierto, dependía de la renuncia de todo lo que había sucedido en España.

Todos los viajeros que hemos residido en el extranjero únicamente para volver al país nativo, nos frustraremos al darnos cuenta de que el relato de nuestros recuerdos aburre a nuestros compatriotas. Algunos amigos simpáticos aguantan nuestras historias más tiempo que los demás

pero, al final, siempre somos incapaces de compartir la emoción palpitante de lo que hemos vivido. Estamos convencidos de que si pudiéramos hacerles entender la profundidad de nuestra experiencia nos escucharían todo el tiempo que nuestra voz aguantara. Pero no somos capaces. Las historias que contamos *no producen nada* en nuestro entorno nativo. No provocan las sensaciones que anhelamos (añoramos) y no provocan ninguna conversación, más bien la matan. Los cuentos de la vida en el extranjero, después de que pierden su novedad (un proceso que puede durar horas, semanas o hasta meses, aunque siempre será demasiado corto para el viajero que desea contarlos), tienden al monólogo. ¿Cuántas veces puede expresar el interlocutor su asombro por un acontecimiento insólito que no entiende y que no le importa? Hay una falta insuperable de contexto. El viajero acaba siempre matizando sus frases con cláusulas como “Las fotos no le hacen justicia...”, “No me explico...”, “Si hubieras estado...” Aunque arde en él una necesidad existencial de validar sus recuerdos de manera verbal, cada sílaba y cada reacción de su interlocutor confirma que es una tarea fútil. La vida cotidiana en el país de origen exige que el viajero renuncie a la vida que llevaba en el extranjero. Así es que nos quedamos solos en medio de recuerdos intraducibles. Al no poder externalizarlos, se vuelven borrosos. Luego, poco a poco, nuestra cultura nativa se apodera de nosotros hasta dejarnos incapaces de convivir con ese yo que fuimos en el extranjero. Este es el momento del eterno olvido, la muerte del ser que éramos.

En *Fragmentos de un discurso amoroso*, Roland Barthes dedica un capítulo a la ausencia de la persona amada. Presenta una línea de pensamiento bastante parecida a la que acabo de plantear en cuanto a la ausencia del segundo país: “si se soporta bien [la] ausencia, no es más que el olvido. Soy irregularmente infiel. Es la condición de mi supervivencia; si no olvidara, moriría. El enamorado que no olvida *a veces*, muere por exceso, fatiga y tensión de memorias (como Werther)” (46). La persona enamorada de otra persona o de un lugar, está obligada a olvidar si

quiere seguir viviendo. El viajero atrapado en su regreso al país nativo, sin embargo, lleva la metáfora de Barthes a otro extremo. Si se queda demasiado tiempo fuera del lugar añorado terminará por olvidarse de la persona que era. En este sentido está entre dos muertes: la de la persona del presente (una muerte *real*, como el suicidio de Werther) o la de su vida pasada e ideal. Es como si los agentes de aduana, siempre agresivos, asaltarán al sujeto recién de vuelta en su país y le gritaran: “¡Tu memoria o tu vida!”

* * *

Era una tarde de finales de mayo. El viento soplaba sin ganas y el calor de los meses venideros amenazaba de pronto con estallar. La Plaça de Castilla proveía su espacio carcomido a quienquiera que le apeteciera detenerse allí.

Rosita y Tomás llevaban una hora encima de la yerba medio muerta del pequeño jardín de la plaza. Tomás estaba tendido en el suelo con la cabeza apoyada en las piernas de Rosita. Ella estaba agitada. Agarró un puñado de tierra y se lo mostró con violencia.

“Esto, Tomás, no es nada. Es tierra como hay en Barcelona, como hay en Wisconsin, como hay en China. ¿Qué tiene ésta que no tiene la tuya? ¡Si es la misma cosa!”

Dejó caer la tierra en la cara de Tomás como para despertarle. Él permaneció inmutable. No era agricultor, jamás había trabajado el campo y no estaba al tanto de las propiedades particulares de la tierra de la costa catalana versus la del *Midwest* estadounidense. Pero la pregunta era válida. Sacó la lengua para saborear la que le había tirado. Creía notar un toque dulce.

“Rosita, yo no soy granjero.”

“No me jodas, Tomás. Pero eres insoportable.”

Él se incorporó y le tomó la mano como para contemplar mejor la pregunta. Trazó el azul traslúcido de las venas con su dedo pensativo.

“No he trabajado en ningún campo de Wisconsin, por lo tanto no te puedo decir con certeza si la tierra de aquí es la misma que la de allá. Me parece que habrá diferencias sustanciales pero tú, creo, no hablas de eso. De todos modos, es curioso que la que acabas de soltar en mi cara tenga un pequeño sabor a dulce y esto implica, si me permites la conjetura cuasi poética, que la sustancia de este lugar tiene una bondad innata. Será por eso que este árbol nos arroja una sombra tan agradable que nos invita a seguir hablando y seguir mirándonos las manos hasta que caiga el sol y nos entren ganas de echarnos a la cama. Será por eso que no me quiero ir de aquí. Además, la tierra de Wisconsin nunca ha sido, ni será, tocada por tu piel morena. Por lo tanto, sé que es y será amarga para mí. Quizás con el cambio de las estaciones y el progreso de los años me acostumbraré a su mediocridad. Quizás, en un futuro distante, me verás comer con placer una manzana de mi jardín en Wisconsin. Quizás me habré convencido de que no está tan mal, que está bastante buena. Todo esto puede ocurrir y hasta es probable que ocurra. Pero yo te digo, Rosita, que el momento en que me pilles con la manzana en la mano será porque habré olvidado a tu persona y la dulzura de la tierra que acabas de tirarme. Ese día imagínate de luto porque no seré capaz de ponérmelo yo.”

* * *

La “muerte” en el paraíso extranjero no es el único acontecimiento que merece nuestra atención ya que es el resultado inevitable de un evento de igual importancia: el “nacimiento”. Éste, a pesar de su posición antitética con relación a la “muerte”, no es placentero. Si nos enfocamos en el parto real de los bebés, el psicoanálisis nos presenta dos maneras de interpretar el dolor del nacimiento. Por un lado, es la expulsión por excelencia de nuestro paraíso

primordial. Nunca volveremos al espacio intrauterino ideal donde éramos un solo ente con la madre. Freud conjetura que en el acto del nacimiento hay “a real danger to life. We know what this means objectively; but what it means in a psychological sense we have no idea. The danger of birth has as yet no mental content for the [fetal] subject...It can only be aware of some vast upheaval in the economy of its narcissistic libido” (*Inhibitions, Symptoms and Anxiety*, 102). La agitación de la libido narcisista es la interrupción de la unión con la madre e implica un disgusto fundamental. Sin embargo, la angustia del bebé también surgirá de la imposibilidad de entender el mundo en el que acaba de entrar. La luz, los sonidos y el espacio físico lo bombardean sin implicar ningún sentido ni encajar en ningún esquema de entendimiento: “Very large quantities of excitation crowd in upon it, giving rise to new sensations of unpleasure, and many organs acquire an increased cathexis, thus foreshadowing the object-cathexis which will soon set in” (102). Los primeros momentos de existencia son agobiantes por el hecho de que no hay sentido ni lingüístico ni imaginario ni de impresiones. Pero, como señala Freud, esta entrada en el mundo sin sentido allana el camino a la catexis. Aunque Freud usa este término (*Besetzung*, en alemán, *cathexis* en inglés y *catexis* en español) para hablar de muchos fenómenos distintos, el que empleamos aquí se parece al *apego* a los objetos: “Freud certainly equates [cathexis] with the notion of a positive load attributed to an object or an idea” (Laplanche, 64). Por lo tanto se podría suponer que el bebé va asociando sentido afectivo a los objetos a medida que los va encajando en sus nuevos y fluctuantes esquemas de entendimiento.

Estas ideas freudianas proponen dos maneras de entender el conocimiento de los objetos. Por un lado, el niño tiene que aprender los valores prácticos. La madre es la protección y el alimento, por ejemplo. O, cuando es un poco mayor, el lecho sirve para acostarse y las sábanas para que no se congele. Sin embargo, lo que nos interesa más en el contexto del viajero es el

conocimiento afectivo de las cosas. De repente, la madre se vuelve amparo y plenitud; la cama, la libertad propia de la imaginación; las sábanas, la calentura bondadosa. Gaston Bachelard afianza esta distinción de las cosas en la introducción de *La poética del espacio*. Propone, además, que todos los seres humanos, por un lado, estamos dotados de un espíritu racional, el cual nos permite entender el mundo de manera lógica y práctica. Por otro lado dice que tenemos el alma que nos permite la ensoñación:

Pierre-Jean Jouve escribe: ‘La poesía es un alma inaugurando una forma.’ El alma inaugura. Es aquí potencia primera. Es dignidad humana. Incluso si la forma fuera conocida, percibida, tallada en los ‘lugares comunes’, era, antes de la luz poética interior, un simple objeto para el estudio. Pero el alma viene a inaugurar la forma, a habitarla, a complacerse en ella. (13)

Me parece que este conocimiento afectivo de los objetos es el que nos permite la posibilidad de una segunda expresión del paraíso mítico. Cuando las cosas cobran un sentido emocional, el ser humano se acerca un poco más a esa plenitud comunicativa que perdimos al nacer. Será por eso que solemos recordar la niñez y el espacio que ésta habitó como el paradigma de la abundancia. Nuestros primeros recuerdos no son historias ni imágenes, sino impresiones de personas y lugares como la madre y la casa. Es una temporada en la cual tratamos de superar, con una imaginación hiperactiva, el trauma de la separación: “Es en el plano del ensueño, y no en el plano de los hechos donde la infancia sigue en nosotros viva y poéticamente útil. Por esta infancia permanente conservamos la poesía del pasado. Habitar oníricamente la casa natal, es más que habitarla por el recuerdo, es vivir en la casa desaparecida como la habíamos soñado” (*La poética del espacio*, 47).

La “niñez” de la persona que acaba de volverse extranjera comparte muchos rasgos con el parto y la infancia real. Al “nacer” en el nuevo lugar, la lengua materna, junto con los códigos culturales y rituales básicos, se vuelve inútil. El viajero abrumado, igual que el niño recién

nacido, tiene que volver a aprender el lenguaje del mundo. Por lo tanto, tiene la oportunidad de emplear tanto su espíritu racional como su alma para dar sentido a su entorno. La estancia en el extranjero implica, pues, un aprendizaje lingüístico en el sentido amplio del adjetivo. El viajero tendrá que aprender la(s) lengua(s) que se hablan en el lugar, sí, pero le será más útil todavía aprender el lenguaje *de las cosas*. Así, pues, mi paseo por la Ronda de Sant Antoni descrito en el segundo capítulo fue toda una lección lingüística a pesar de que casi no *dije* nada. El recorrido me permitió un acercamiento a la nueva realidad física en la que debía empezar a imaginarme a mí mismo. La calle se extendió como un hecho sólido y bello en un entorno mayormente incognoscible. Cuando vi la cúpula de mosaicos del Mercat de Sant Antoni me imaginé *mi* pasado europeo, el cual en ese momento era más válido que cualquier pasado verídico. Es por eso que hablo de la “niñez” del viajero. La llegada pide un uso inusitado de la imaginación y así se convierte en el regreso casi milagroso a la creación sentimental de la infancia.

En el segundo capítulo de *The Sun Also Rises*, de Ernest Hemingway, Jake Barnes, el protagonista, le explica al pesadísimo Robert Cohn que “going to another country doesn’t make any difference. I’ve tried all that. You can’t get away from yourself by moving from one place to another. There’s nothing to that” (19). Esta afirmación va directamente en contra de lo que a cabo de aseverar. Sin embargo, pone en evidencia que este regreso a la niñez ocurre *dentro de una vida ya madura*. Igual que la “muerte” del viajero se lleva a cabo durante la vida posterior, de regreso en su país de origen, el “nacimiento” es más bien un *renacimiento* que es producto de los hechos de la vida previa. Los dos personajes en la novela de Hemingway quieren o han querido transformarse con tan solo dirigirse a otro país. Entienden que un nuevo entorno proveerá la oportunidad de renacer, pero Barnes es muy perspicaz en su cinismo: ningún viaje le va a servir a Cohn porque no está dispuesto a volver a empezar desde cero. Su idea del viaje no abarca la

aguda ansiedad que hemos visto que es innata en el nacimiento. Cohn entiende el viaje como una solución fácil a todos sus problemas; no se da cuenta de que estar en un lugar desconocido, sin respetarlo por su completa *diferencia*, no le va a resolver ningún problema personal. Él es quien tiene que, en términos de Breton, exponerse sin defensas a la mirada fulminante del dios del nuevo lugar y volver a formarse después del derrumbe que esta mirada provoca. Solo los que se someten de manera total al lenguaje de la diosa del espacio consiguen el renacimiento.

* * *

Cuando ando por las calles de Barcelona es como si acariciara su piel; huelo su brisa cálida como si fuera su aliento; me siento en sus bancos y me disuelvo en sus brazos. Al regresar a la ciudad por segunda vez, tres años después de los eventos del segundo capítulo, ni siquiera tuvo que aterrizar el avión para que los recuerdos me abrumaran. Ver desde arriba el sol hacer siluetas de las colinas que rodean la ciudad me conmovió y escribí en mi diario: “El paisaje de mi amor”. Luego de algunos días, después de comprar, en el Passeig de Gràcia, *La poética del espacio*, escribí en la guarda: “Comprado un día de euforia en la ciudad-espejo de mi alma”. Mis primeros momentos de regreso (pueden ser horas, o hasta varios días) son siempre eufóricos. A veces me agobio con la alegría y la sorpresa de estar en el espacio real de la ciudad que visito tan a menudo en los sueños. Me proporciona una gran sensación de alivio saber que no me he olvidado por completo del ser que fui en Barcelona. Solo necesito volver al lugar que le dio a luz para recordarlo.

El reencuentro con la ciudad reafirma la gran conexión en la que siempre pierdo confianza cuando paso demasiado tiempo fuera de su amparo. Dudo de ella porque me parece demasiado ideal. Temo que las garras de la nostalgia se hayan apoderado de mi conciencia y me hayan llevado a la exageración. Desconfío de mí mismo, pero Barcelona nunca falla y me

presenta lo extraordinario. En medio de una larga temporada pasada en los Estados Unidos, una noche soñé que estaba corriendo por una calle estrecha detrás de un niño en bicicleta. Después volví por la misma calle siendo yo el perseguido. Para esconderme, entré en una clínica que ocupaba el primer piso de un edificio paralelo a la calle. A partir de allí no me acuerdo si me pilló mi perseguidor o no. Importa muy poco. Lo curioso es que en el sueño pensaba que estaba en Chicago, una ciudad en la que había pasado bastante tiempo el año anterior. Pero varios meses *después* de este sueño, en Barcelona, durante un paseo que di por un barrio que desconocía por completo hasta ese momento, me topé con la *misma calle del sueño*. Incluso había una residencia geriátrica que la bordeaba como la clínica onírica. Aunque parezca increíble, no hay nada que pueda escribir aquí que pruebe las semejanzas del Carrer de Polònia y la calle de mis sueños más allá de recordar la reacción de Breton ante las imposibilidades que experimentó con Nadja: “Lamento, pero nada puedo hacer al respecto, que esto sobrepase quizás los límites de lo plausible. Sin embargo me guardaré de tomar partido: me limito a *verificar...*” (*Nadja*, 166). Si el lector se digna a creer mi historia, me podrá entonces acompañar a la conclusión de que mi amor por Barcelona es *esencial*. La conozco más de lo que percibo. Si volvemos a la metáfora de Bachelard, parece que mi alma se ha quedado en Barcelona donde la *inaugura* por cuenta propia y desde donde me manda imágenes oníricas de la niñez que sigue jugando en sus calles.

* * *

Hasta aquí hemos abordado la “muerte” del viajero junto con su “niñez”, pero es en su estado maduro cuando se encuentra en plena capacidad lingüística (entendida ampliamente) y con el tiempo para disfrutar de ella. Pasar de la niñez a la madurez es un proceso lento; no suele haber *un* acontecimiento que marque la entrada, sino muchos. Dicho esto, la “madurez” siempre conlleva un sentido de bienestar en el nuevo lugar, un sentido de seguridad. Implica un nivel

lingüístico competente y un alivio de los retos de la “infancia”. En mi caso, el primer rayo de la “madurez” me llegó cuando, una tarde dominguera de octubre, fui a comprar una entrada de primera fila para un concierto de Joanna Newsom. Una tranquilidad ligera me acompañaba mientras bajaba al andén de la línea uno del metro. Sabía llegar al auditorio y confiaba en mi habilidad de conseguir la entrada sin problemas de idioma. Arriba caía una llovizna, la cual parecía domar el alboroto de la ciudad. La sensación se parecía a la que solía disfrutar los domingos por la noche en mi casa de Wisconsin. Aquellos eran momentos protegidos de cualquier tumulto: una cena relajada en familia, mi padre planchando su ropa, un libro de Alexander Dumas. Saborear la misma sensación esa tarde en Barcelona me trajo la delicada palabra *hogar* a los labios. Cuánto se parecía a *home*. ¡Cuánto se diferenciaban!

Sentí, desde ese momento, que mi ser se moldeaba con más facilidad a las formas barcelonesas. Mi espíritu iba memorizando el mapa de sus barrios. Mi pelo se elongaba con la humedad exagerada. Mi alma encontraba posada en la pequeña panadería de las mañanas, en el bebedero de la Plaça Urquinaona que expulsaba agua tibia sin descanso y hasta en los bolardos del Passatge de Sant Benet. Éstos últimos, aunque feos y poco memorables, rozaban mi alma cada vez que salía y entraba al piso de los Vidal. Cuando regreso al Passatge después de mucho tiempo, ver esos postes robustos me da una alegría parecida a la de Jimmy Stewart al final de *¡Qué bello es vivir!* El protagonista vuelve a su casa y, sabiendo que no ha muerto, se topa con el remate suelto del barandal que tanto le ha fastidiado. Esta vez lo besa como si fuera la salvación misma.

Rosita fue una figura imprescindible para mi maduración. Nuestra intimidad me obligó a la precisión verbal. Cuando la conocí, estaba yo en pleno proceso de abandonar la “niñez”. Necesitaba a alguien que tuviera la paciencia de relacionarse con un joven que todavía no

conocía bien los lenguajes de la ciudad y que fuera lo suficientemente dedicado a la amistad como para llevarme a la plenitud de la conversación. Rosita fue ese alguien y por eso llegó a desempeñar un papel mítico, lo siento así, en mi vida. Conocerla fue el paso necesario para mi trayectoria vital. Salí del amparo único de Lucía, la madre bondadosa que provee todo sin exigir nada, y me convertí en el amante de la mujer romántica y sensual. La diferencia en términos lingüísticos es que la figura romántica exigirá un compromiso. La madre siempre perdona la imprecisión de las palabras pero la mujer amada se esfuma sin una comunicación clara. Esto resulta en que cuando el viajero entra en la “madurez”, sea por una relación afectiva o una profunda amistad, también adquiere la responsabilidad de comprometerse con sus nuevos lenguajes. Ya no vale esa gastada excusa de que ignora la lengua y las costumbres. Tiene la dicha y el deber de controlar bien sus enunciaciones en el espacio que ya es suyo.

En este momento el viajero deja de ser del todo extranjero. Lo que le pasa a la ciudad le pasa a él. Se convierte en un *residente sentimental*. Quizás fue por eso que, durante mi último viaje a Barcelona, me dio tanta rabia ver a unos jóvenes extranjeros del norte de Europa pasar zumbando por las callejuelas de la ciudad antigua en patinetes eléctricos como si la ciudad les perteneciera, como si su belleza arquitectónica no les importara, como si no fuera nada más que un gran inodoro en que los ricos del mundo pueden vaciarse de sus impulsos más feos antes de pasar a otra ciudad-váter. Quise gritar: “¿Quién os creéis? ¿No entendéis lo que Barcelona hace por vosotros, cuánta soberbia os perdona?” El abuso de la ciudad, el tomarla por una cursilería, fue un ataque personal. Resido en Barcelona, luego soy Barcelona.

* * *

Entender como un nacimiento mi llegada a Barcelona le ha servido hasta ahora a mi reflexión, pero existe una discrepancia importante con el parto real. En vez de ser expulsado del

paraíso materno y entrar en el caos de la realidad externa, salí de un lugar, para mí, sinónimo de angustia. El pueblo de mi aflicción se llama Galesburg, Illinois. Es un pueblo perdido entre los grandísimos campos de maíz donde se yergue la pequeña institución de Knox College. La abundancia de libertad y buen gusto de Barcelona tiene su perfecto contraste en las sofocantes presiones sociales y políticas del campus universitario donde viven los alumnos. En mi época, los estudiantes tendían en masa a una doctrina política rígida y “progresista” cuyas preocupaciones primarias eran el género y la raza. Uno siempre había de pensar bien lo que decía para no provocar la ira colectiva de sus colegas. Esta doctrina, seguramente fruto de raíces puritanas, se sostenía en la afirmación dogmática de que todo el mundo, en el fondo de su alma, era machista y racista. La culpa la llevábamos dentro y cualquier expresión podría revelar hasta qué punto éramos corruptos. Teníamos la responsabilidad de suprimir, en la medida de lo posible, nuestros impulsos asquerosos.

Sin embargo, tanta represión da lugar a extrañas maneras de aguantarla. El alcohol reinaba con una fuerza vergonzosa los fines de semana. Cada viernes las borracheras terminaban en noches de sexo torpe, llanto desquiciador, viajes en ambulancias, peleas y una decepción desesperante. Cada sábado, igual. Una noche me la pasé cuidando a una chica a la que el alcohol había dejado casi inconsciente. Mientras yo daba un paseo la encontré sentada en el suelo. Estaba llorando a gritos y se obsesionaba por encontrar su bolso perdido. Tardamos hasta las 3 de la mañana en llegar a su casa que quedaba a media milla de distancia. Cuando estábamos en su porche empezó a volver en sí. Me miró con confianza y entre sollozos confesó: “Mis padres votaron por Trump”.

Los lunes eran un infierno para los pobres que habían sucumbido a las tentaciones del líquido mefistofélico. Era el día en que un chisme *vetustense* los castigaba por sus pecados contra

el progreso. Aunque los estudiantes de Knox se sentían artistas, me parecía un lugar bastante hostil a la creatividad. Sergio Pitol lo dice sin rodeos: “Jamás la literatura se ha sentido a gusto en medio de estrecheces dogmáticas” (157). Cuando cada enunciación implica culpa, no hay libertad. Peor todavía fue el estrago que esta doctrina endosaba a la conexión humana. No había confianza y nadie se creía merecedor(a) del amor. La distancia personal nos destrozaba a todos.

Entonces huí de Knox: un bebé ansioso de salir de una matriz perversa. Aunque los primeros meses de mi estancia en Barcelona estuvieron marcados por la carencia de habilidad lingüística, al menos estaba a salvo del mutismo humillante que me esperaba en los Estados Unidos. La capital catalana, gracias a su lejanía y su cosmopolitismo, contenía mi esperanza de volver a hablar sin miedo. Llevaba la primera semilla de mi Jardín dentro de su cuerpo urbano. Lo único que yo tenía que hacer era regarla.

* * *

En los meses de mi “madurez”, percibía con una distancia altiva todo lo que pasaba en los Estados Unidos. Lo único que veía de las elecciones primarias de 2016 era lo que salía en las noticias españolas. Esa fealdad no era mía, era el *show* del descontento que había dejado atrás. Hay un alivio que conlleva el sentirse responsable de un entorno nuevo: uno puede olvidarse de una parte del peso aplastante de su país nativo. Obtiene una perspectiva alejada que le permite mirar hacia atrás y despreciar los líos en que los pobres de sus compatriotas se han metido. Puede uno preguntarse: “¿Cómo han llegado *ellos* hasta allí?” Para el residente en el extranjero, los problemas del país nativo son nada más que *de ellos*. Me parece que este alivio entraría en lo que Barthes califica como *fiesta*: “Italia es el país en que Stendhal, al no ser por completo un viajero (turista) ni completamente indígena, se encuentra voluptuosamente retirado de la responsabilidad del *ciudadano*...” (“No se consigue nunca...”, 351). Aquí Barthes asevera que la *fiesta* es el

placer de no ser nativo en el país adoptivo pero me parece que también implica la alegría de dejar de serlo en el país de origen. La *fiesta* extranjera permite el olvido de la responsabilidad, la culpa y el compromiso que van aumentando para el sujeto en el lugar donde creció; permite, protegiéndolo, el regreso a la inocencia.

Es por eso que las pequeñas incursiones del país nativo en el paraíso evocan tanta angustia para el residente:

Nosotros, los que conocemos esa pasión de Stendhal por un país extranjero... conocemos muy bien el insoportable desagrado que produce encontrarse por casualidad a un compatriota en el país adorado: 'Confesaré, aunque me tenga que repudiar el honor nacional, que un francés en Italia encuentra el secreto para aniquilar mi dicha en un instante'. ("No se consigue nunca...", 349)

Estas apariciones del país nativo son como presagios de la muerte. Nos recuerdan que lo que hemos dejado atrás no ha dejado de existir sino que nos acecha hambriento desde el borde del Jardín. Cuando despreciamos a nuestros compatriotas, expresamos nuestro desdén por el lenguaje nativo.

En mis últimos meses en Barcelona desarrollé el don de saber cuáles grupos de turistas eran estadounidenses mucho antes de escuchar su acento. Era su modo de vestir, su manera de caminar, su *aire*. Mis amigos se hartaban de que los señalara. "¿Pero a ti qué te importa que estén aquí? ¡Déjalo ya, hombre!" Sus incursiones, sin embargo, como notas malsonantes en una orquesta que por todo lo demás es majestuosa, eran imposibles de ignorar.

* * *

Aquí incluyo una carta dirigida a la ciudad de mis sueños. La empiezo, como todas las cartas, con un Querida Barcelona:

Anoche, entre los arrullos del sueño, escuché que me llamabas. Pedías que saliera a buscarte y te hice caso. Con el letargo propio de un sonámbulo bajé a la Plaça de Sant Pere

donde una calma total yacía entre las tinieblas. Me planté en medio de la plaza, al lado del pozo antiguo, para oler tu rastro pero fue el agua estancada la que me acosó la nariz. Miré en las profundidades del agujero. Allí mi cara cansada, allá la luna llena y la onda que nos atravesaba.

Al mirar mi reflejo, creí escuchar un bordón suave (¿sería de órgano?) que parecía emanar de las mismas piedras de la plaza. Era como si las entrañas del monasterio Sant Pere tararearan. Me arrodillé y puse las manos en el suelo para sentir las vibraciones. Sí, de allí surgía una fuerza sonora que cubría la plaza como el río al cauce. Me quedé quieto para escucharte y casi me dormí allí, postrado en el suelo. Pero te alejaste. Sentí que alguien había interrumpido nuestra comunión. ¿Qué te asustó?

Las puertas del monasterio estaban abiertas. Revelaban un punto de inmensa negrura en la fachada ascética iluminada por la tibia luz lunar. Me acerqué al umbral como una polilla a la lámpara. De la oscuridad surgió un hombre de altísima estatura y barba negra. Me preguntó con voz rocosa: “¿A qué vienes?” No podía mentir y no quería. Le dije que la ciudad me llamaba y yo la busqué. Me miró con ojos comprensivos y cedió el paso.

Entré en el lugar cavernoso y húmedo. Esparcidas por las vastas dimensiones había velas que daban una vida misteriosa a las sombras. El hombre me apretó los hombros y me llevó por entre las varias filas de bancos hasta llegar a un altar alrededor del cual siete monjes rezaban. El altar parecía una losa de obsidiana sin adorno alguno. A pesar de esto, los monjes estaban tan absortos en sus oraciones como si el mismísimo Dios ocupara el espacio vacío. Había uno, sin embargo, que nos prestó atención. Miró con emoción a mi guía. Luego me sonrió y se hizo a un lado para darme espacio. “Ponte a rezar, hijo mío”, me susurró el hombre barbudo.

El monje me deslizó un cubo de agua. “Límpiate”, dijo mientras hacía el gesto de lavarse la cara. Metí las manos en el cubo y me mojé la cara con el líquido. Era viscoso y caliente. Se me

caía con pereza y pesaba sobre mis párpados hasta que no los pude mantener abiertos. Me daba la sensación de que, en su ruta hacia el suelo, ese líquido se llevaba toda la piel de mi cara. Pero no me dolía, más bien me satisfacía. Toda la presión que esa faz había contenido se dispersó. La oscuridad era total.

Luego, sin abrir los ojos, vi un hueso encima del altar. Vibraba con el mismo tono que el bordón que había percibido fuera. Poco a poco crecía el volumen y las vibraciones se volvían más violentas. Ya me dolían los oídos, ya temblaba todo el edificio. Trataba de abrir los ojos. Grité. Pero el bordón siguió aumentando. Mi cuerpo ya no resistía y colapsé. En el instante que toqué el suelo se rompió el hueso como por dentro y su sonido se extinguió en un eco. De la fractura brotó un capullo de inocente verdor.

Abrí los ojos y habías desaparecido. El sol me calentaba la nuca y me enteré de que estaba en medio de la plaza, entre el bullicio de la gente que cumplía sus rutinas matinales. Ahora te escribo para ver si me respondes. Quemaré esta carta para que el viento te la lleve. ¿Me responderás, Barcelona?

Y termino mi carta con una sencilla declaración: “Con amor, Tom”.

* * *

Tardé en levantarme la mañana del último día de mi primera estancia en Barcelona. Mi pequeño cuarto quedaba casi despojado de cualquier rastro de mi existencia en él. El armario me saludó con las puertas abiertas como si me pidiera que lo volviera a rellenar. Las paredes lucían con blancura inmaculada. El día anterior yo había limpiado las manchas negras debajo del escritorio donde mis pies jugaban por su cuenta durante los largos ratos pasados estudiando. También había quitado el póster de Joanna Newsom que me habían regalado en el concierto y que atesoraba como su música. Mi maleta estaba en el salón esperando la partida. La única parte

de mí que quedaba en el cuarto era mi cuerpo. Cuando éste se alejara, el cuarto se volvería algo sin dueño y sin personalidad: algo ajeno.

Los obreros que llevaban los últimos 4 meses irguiendo un hotel al otro lado de mi ventana traslúcida gritaban y compartían chistes feos como era su costumbre todas las mañanas. Abrí un poco la ventana para verlos una última vez. Ya habían llegado a la altura de mi habitación; trabajaban a unos quince metros de distancia. Tres, sin embargo, comían su aperitivo sentados en la cornisa del edificio. Uno de ellos, un chico de piel morena y ojos chistosos, me saludó: “¡Buenos días, caballero!”

“Buenos días”, le respondí. Era la primera vez que habíamos reconocido nuestras realidades de íntima proximidad.

“¿Qué tal todo por allí? No eres muy madrugador, tú, ¿eh?”

Era el medio día.

“Pues, no. Hoy no.”

“Está bien. Si yo no tuviera que estar aquí a las 8:30, ya sabes, en la cama estaría, y hasta mucho más tarde.”

“Me voy pronto.”

“¿Adónde te vas, amigo?”

“A los Estados Unidos. Regreso a casa.”

“Joder, ¿a América? Te vas lejos. Bueno, ¡a ver si terminamos con este puto hotel antes de que vuelvas por aquí!” Los tres se rieron.

Alguien llamó a la puerta de mi habitación.

“Bueno, me voy. Adiós. Suerte con las obras. Un placer.”

El chico con los ojos alegres me deseó un buen viaje y cerré la ventana. Lucía abrió la puerta después de que la invité a entrar.

“¿Estabas conversando con los obreros, hijo?”

“Sí, son majos.”

Esto le hizo mucha gracia.

“¡Este chico nunca deja de sorprender!”

Luego gritó por el pasillo: “Enrique, sabes que Tom se ha hecho amigo de los obreros?”

“¿Qué dices?”, respondió Enrique desde el salón.

“Lo que oyes.”

Volvió a dirigirse a mí: “Hasta en el último día estás aprovechando de tu tiempo. Ay, hijo, cuánto te vamos a echar de menos. Mira, te he preparado una tortilla de patatas de esas que te gustan y me parece que puedo hacerte un par de bocadillos con las sobras. No vaya a ser que pases hambre en el avión”.

“Muchas gracias, Lucía.”

“¡No hay de qué! Pero venga, levántate. No tienes tiempo para hablar con todos los obreros de Barcelona.”

Ella se acercó a la cama y empezó a quitar las sábanas para limpiarlas; me echó de la cama. Entré en el baño arrastrando los pies. Me duché por última vez con el agua clorada de la ciudad. Cuando volví al cuarto, vi que yacía un libro encima del colchón desnudo: *Refranes de la lengua castellana*. Lo abrí y en la guarda encontré una nota con la letra temblorosa de Lucía: “El castellano tiene mucho más que enseñarte. No tardes en volver”.

Escuché que desde el comedor venía una voz de inolvidable dulzura: “¡Come y bebe, que la vida es breve!”

* * *

While all were expecting to see the big, clumsy bridge topple over and land in the chasm, as quick as a flash a form leaped out from the highest point and struck with a splash in the dark water below, swam to the wooden pin and brought it ashore. This was the starting point of Sam Patch's career as a famous jumper...

After this start he toured the West...He jumped from a rocky ledge at Goat Island into the Niagara River. Then he announced that before returning to Jerseys he was going to show the West one final marvel. He would leap 125 feet from the falls of the Genesee River on November 13, 1829...

On the day the crowds were gathered on all sides. He appeared and made a short speech as he was wont to do. A speech! What could he say that he must leap so desperately to complete it? And plunged toward the stream below. But instead of descending with a plummet-like fall his body wavered in the air—Speech had failed him. He was confused. The word had been drained of its meaning. There's no mistake in Sam Patch. He struck the water on his side and disappeared. (*Paterson*, 16)

* * *

Ariel intentó suicidarse en la primavera de 2018. En ese momento ya se hallaba de vuelta en Milwaukee, Wisconsin. Me parece que su sensibilidad sobredimensionada fue lo que la llevó al precipicio. Intuyo también que fue lo que la salvó. Antes de cumplir con el acto que la aliviaría del gran peso del mundo, pensó en la familia y llamó a nuestros padres. Antes del delito, la confesión; y un ajetreo de disculpas.

Esa noche ingresó en un hospital psiquiátrico, donde la visité varias veces. La primera fue tres días después del incidente. Yo no sabía reaccionar, no había previsiones establecidas en el trato íntimo para situaciones tan extremas. Me parecía que quizás el humor nos protegería. Pensaba en algunos chistes mientras registraban mis cosas en una especie de cámara descontaminante: *Deje usted el móvil y todas sus neurosis aquí con nosotros. No podemos permitir que entren con usted. Un peligro para los pacientes...* Estoy seguro de que mis chistes no eran buenos, aunque no los recuerdo. Por fortuna, no hacían falta. Ella me estaba esperando en una mesa bajita cubierta de crayones como una niña (exhausta) de kínder. Su semblante era

oscuro y apagado. Su pelo, normalmente en estilo pincho, ya no aguantaba su propio peso y caía apelmazado.

A pesar de todo, me sonrió cuando me vio. Era una sonrisa distinta de las que le había visto en mucho tiempo. Estaba más tranquila, o menos asustada, como si la sonrisa le saliera por ganas y no por obligación. Me preguntó qué tal. Le dije que bien. Hablamos del hospital: había un hombre que se ponía a gritar cada tres o cuatro horas y no la dejaba dormir, pero la terapeuta era buena e incluso había conocido a algunas personas agradables. Decía estas cosas con un tono objetivo. Ya no sentía la necesidad de fingir felicidad, ya no tenía que aguantar la presión de la mentira.

Me he preguntado, de todos modos, por la causa de su impulso. Cuando digo que fue su sensibilidad, hablo de algo muy específico. Por un lado, ella es muy sensible a las interacciones personales. El tic de complacer a todo el mundo, tan común en nuestra familia, se apoderó de ella sin misericordia. Seguramente la agotaba. Por otro lado me parece que solo existe una fuerza capaz de convencerla de matarse: la vida misma, es decir, la palabra. Cada decisión que ha tomado desde que se graduó de *high school* ha girado en torno al signo verbal. En 2013 escribió: “In the end I don’t love poetry, I love words. And I suppose all I want is to be punched in the face with them” (*Dead Flowers: A Poetry Rag*, 2). Quizás le pegaron demasiado fuerte: “¡Ten cuidado con lo que deseas, Ariel!” O quizás es la tendencia natural de las palabras en este país utilitario donde se han vuelto instrumentos para contar dinero, elaborar medicinas caras, construir ciudades cuadradas. William Carlos Williams lo pone claro: aquí el lenguaje falla, estalla; y los que hablan, sufren. Ariel, más que hablar, escribe. O, más que escribir, grita en la página. Ve el estado de las palabras y lo immortaliza con tinta permanente. Le duele su vocación a la vez que le apasiona. Vive por y para ella y cuando muera, el lápiz la acompañará a la tumba.

Antes de irme, Ariel me deslizó un pedazo de papel con algo escrito a crayón: “Don’t worry, bro bro. We’re going to be alright”.

* * *

Después de que Ariel se recuperó, planifiqué un viaje de dos semanas a Barcelona. Sería mi primer regreso a la ciudad después de dos años en el *Midwest*. Llamé a Rosita antes de fijar las fechas para asegurarme de que coincidiríamos. Se emocionó mucho al saber que iría y, en efecto, ella no pensaba dejar Barcelona hasta más tarde en el verano. Me dijo, también, que podría dormir en el sofá del piso de la calle de Aribau si hacía falta. Luego me preguntó si de verdad me quedaría las dos semanas o si me fugaría como en Barranquilla. Su sentido del humor, siempre mordaz, no había cambiado. Yo ya había encontrado un Airbnb para casi toda la estancia pero quedamos en que pasaría la primera noche en su sofá.

Salí de Milwaukee el 3 de julio y llegué a El Prat la noche del día 4. Me deslizaba por las entrañas del aeropuerto guiado por la memoria corporal. El agente de aduana selló mi pasaporte sin preguntarme nada y fui a coger la maleta en una de las infinitas cintas transportadoras de equipaje. Salí del edificio y me dirigí a la parada de autocares donde los aerobuses seguían el mismo ritmo incansable de hacía dos años. El calor se sentó en mis hombros con toda su pesadez mientras esperaba. Llamé por teléfono a Rosita.

“¡Tooomi!”, me saludó.

“Hola, Rosita.”

“¿Cómo estás?”

“Creo que mi corazón está a punto de derretirse; hace tanto tiempo que no siento esta humedad mediterránea. ¡Joder, estoy de vuelta!”

“¡Qué emoción! Quiero que me cuentes de todo cuando nos veamos. Pero te tengo que decir una cosa, han cambiado un poco los planes. La verdad es que no había mucho espacio en el piso de Aribau, así que he preguntado a Lucas, mi novio, ¿te acuerdas?, si podrías pasar la noche en su piso y me dijo que estaría encantado de tenerte allí. Así que si te bajas del bus en la Plaça de Espanya, te estaremos esperando al lado del centro comercial. ¿Te parece?”

Yo me acordaba de Lucas, sí. Nunca lo había conocido pero ella me había contado un poco de él en nuestra correspondencia escasa del año anterior. Parecía, por lo poco que yo sabía, que se llevaban bastante bien. Rosita afirmaba, de hecho, que estaban enamorados.

El cambio de planes no me aturdió. *Beggars can't be choosers*. Lo que sí me incomodaba fue pensar que Rosita y yo no pudiéramos comunicarnos como antes. Mi español se había deteriorado y no me acordaba de las personas que habíamos sido cuando estábamos juntos. Me había olvidado de las normas invisibles que regían nuestra relación. Lucas no me molestaba sino como prueba de que Rosita y yo llevábamos vidas inconexas. Subí al bus con turbación.

El traslado pasó rápido. Las dos torres de la Plaça Espanya no tardaron en dibujarse con un aire misterioso al otro lado de la ventana y me tuve que convencer de que no estaba soñando. Me bajé en la plaza y, antes de buscar a mis anfitriones, subí las escaleras hacia las torres. A la mitad del camino mi camiseta ya estaba medio empapada de sudor. Las torres no son enormes pero su robustez era la que me atraía esa noche. Puse la mano encima del ladrillo de una y apoyé todo mi peso en ella. Barcelona seguía viva.

“¡Hello, hello!”, escuché la voz de Rosita detrás de mí. Me di media vuelta y vi que ella y Lucas subían las escaleras a encontrarme.

“Me habéis pillado.”

“Vimos que bajaste del bus y que empezaste a abrazar uno de los grandes falos de Barcelona, así que decidimos venir a salvarte de ti mismo.”

Nos abrazamos y ella agitó mi cabello: “Te has cortado el pelo. Debes dejarlo crecer. Venga, te presento a Lucas, el mallorquín”.

Lucas tenía una cara amable. Sus ojos parecían transparentes y su sonrisa era honesta.

“Por fin nos conocemos”, me dijo. “Rosita me ha hablado mucho de ti. Déjame llevar la maleta. ¿Tienes hambre? Te hemos hecho una ensalada y tengo algunas cervezas en el piso”.

Agradecí su generosidad y fuimos caminando a su piso que quedaba en el barrio de Sants. La conversación era amena. Resultó que Lucas había acabado de graduarse de una escuela de cine y él y sus amigos estaban preparándose para grabar un corto en Mallorca. Cuando llegamos al edificio, Lucas empezó a subir los cinco tramos de escaleras con mi maleta ya que no había ascensor. Intenté ayudarlo.

“No te preocupes”, me dijo. “Lo hago para caerte bien. Mañana dejaré que te la bajes tú”.

Soltó una risa contagiosa.

Rosita había subido primero y tenía la puerta abierta cuando llegamos a la planta correcta. El piso estaba apretado y sucio pero tenía todo lo que un joven amante del cine pudiera necesitar: una habitación con paredes cubiertas de carteles de películas, una cocina pequeña, un balcón y una salita con proyector digital.

“¡Bienvenido, Tomi!”

Comimos la ensalada en el balcón ya que el calor por dentro nos asfixiaba. Yo estaba cansadísimo pero la inquietud que había experimentado al subir al bus se había esfumado con la cálida acogida de Rosita y Lucas. La conversación fluía sin esfuerzo. Rosita escuchaba las historias de mis desaventuras de los últimos dos años con interés, risa y paciencia y me alumbró

con sus ideas sobre la poesía de Alejandra Pizarnik. Lo único que nos faltaba era lo que nunca volveríamos a tener: la intimidad amorosa. Era como si repitiéramos el primer encuentro en el patio de Letras; redescubrimos nuestra compatibilidad, pero ya no existiría ningún futuro compartido al que aspirar.

Después de terminar mi segunda Estrella Damm, no aguantaba más. Tenía que acostarme. Rosita me dijo con gracia que estaba sorprendida de que todavía estuviera despierto y sugirió que quitáramos la mesa del balcón para que hubiera espacio para un colchón. Así yo podría dormir fuera y pasar menos calor. Mi cuerpo acostumbrado al frío de Wisconsin se regocijó. Fui al baño para lavarme la cara y cuando volví ya habían arreglado todo en el balcón. Estaban sentados en el sofá donde Lucas tocaba una guitarra desgastada y Rosita lo miraba con ojos absortos.

Les agradecí por todo y les deseé buenas noches. Lucas paró de tocar y Rosita se levantó para darme un último abrazo:

“Te he extrañado mucho.”

Me acosté debajo del cielo iluminado por las luces eléctricas de la ciudad. Después de un rato, Rosita y Lucas encendieron el proyector y empezaron a ver una peli con James Dean. Los imaginaba felices y entrelazados.

Mientras me adormecía creía escuchar que alguien, o algo, me contaba un arrullo.

Epílogo

Ho detto.

Más bien, he escrito

algo.

Las conclusiones a las que uno puede llegar al leer estas páginas no son las típicas de una tesina tradicional. ¿He probado, como propongo en la introducción, que Barcelona no existe? ¿Es posible probar la inexistencia? No, supongo que no he *probado* nada.

Pero, es verdad, he escrito algo: yo, una vez, amé y el objeto de mi amor sigue vivo aunque con un aspecto extraño, disuelto, esparcido. Está aquí en estas hojas, comparte cama con las virutas de mi ensueño.

Pensaba que cuando llegara a escribir esta conclusión el deseo de expresar mi pasión se quedaría satisfecho. Pero, ya lo hemos visto, expresar el amor perdido será siempre un deseo.

De todos modos, no es hablar del *amor* perdido. Es hablar de una *persona* perdida, la persona que yo era, la persona que podría haber sido y la persona que quisiera que fuera. El amante no habla para que los demás lo escuchen, habla para escucharse. Morelli *es Rayuela* porque la pronuncia. El narrador de “In the Heart of the Heart of the Country” *es* B porque lo escribe con la sangre de su corazón machacado.

Pero estos son personajes literarios, el hecho está demasiado claro. Las imágenes que evocan de sí mismos son catárticas por su belleza pero ¿qué relación tienen con mi ser que desea en la realidad? Mi espíritu quiere saber no ya de Morelli y el narrador sino de Cortázar y Gass. ¿Qué sabemos de las personas que *vivieron*? Respuesta: lo que se lee en sus huellas.

El Tiempo no perdona, pero es comprensivo. Promete, siempre, un alivio para el dolor que inflige. *Todo esto se acabará, olvídate, olvídate.* Yo no quiero olvidar. *No se trata de querer.*

En un acto de valentía (sí, de coraje) ante la amenaza inminente de la aniquilación, un ser humano levanta el lápiz y escribe. Es decir, esconde con ternura y con amor una pequeña parte de su alma en un material que la ampara y la alimenta.

Barcelona, Rosita, Lucía, Ariel.

Son ficciones.

Son tinta negra y papel blanco.

Son la imagen textual de mi deseo inefable.

Son. Así lo creo.

Son.

Bibliografía

- Bachelard, Gaston. *La poética del espacio*. Trad. de Ernestina de Champourcín, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1975.
- Barthes, Roland. “No se consigue nunca hablar de lo que se ama”. *El susurro del lenguaje*, Trad. de C. Fernández Medrano, Buenos Aires, Ediciones Paidós, 1994, 347 – 357.
- . *Fragmentos de un discurso amoroso*. Trad. de Eduardo Molina, México D.F., Siglo Veintiuno Editores, 1993.
- Bataille, Georges. *Erotism: Death and Sensuality*. Translated by Mary Dalwood, San Francisco, City Lights Books, 1986.
- The Bible*. King James Version, Hendrickson Bibles, 2012.
- La Biblia*. Antigua versión de Casiodoro de Reina revisada por Cipriano de Valera, Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.
- . Versión directa de las lenguas originales por Eloíno Nacar Fuster y Alberto Colunga, O.P., Biblioteca de Autores Cristianos, 1944.
- Breton, André. *El amor loco*. Trad. de Juan Malpartida, Madrid, Alianza editorial, 2018.
- . *Manifiestos del surrealismo*. Trad. de Aldo Pellegrini, Buenos Aires, Editorial Argonauta, 2001.
- . *Nadja*. Trad. de José Ignacio Velázquez, Madrid, Ediciones Cátedra, 2015.
- . *Los vasos comunicantes*. Trad. de Agustí Bartra, Madrid, Ediciones Siruela, 2005.
- Cortázar, Julio. *Rayuela*. Barcelona, Debolsillo, 2016.
- Freud, Sigmund. *Inhibitions, Symptoms and Anxiety*. Translated by Alex Strachey, London, The Hogarth Press Ltd., 1949.
- . *The Interpretation of Dreams*. Translated by James Strachey, New York, Avon Books, 1965.

- García Canclini, Néstor. *Cortázar: Una antropología poética*. Buenos Aires, Editorial Nova, 1968.
- Gass, William H. “In the Heart of the Heart of the Country”. *In the Heart of the Heart of the Country*, The New York Review of Books, 2015, 172 – 206.
- Gaster, Theodor H. *Myth, Legend, and Custom in the Old Testament: A comparative study with chapters from Sir James G. Frazer’s Folklore in the Old Testament*. Vol. 1, London, Harper Torchbooks, 1975.
- Grizzle, Annie. “Indifference to Poetry Statement”. *Dead Flowers: A Poetry Review*, Vol. 2, Num. 2, Edited by Annie Grizzle, Chicago, Bohemian Pupil Press, 2013, 2.
- Hemingway, Ernest. *The Sun also Rises*. New York, Scribner, 2006.
- Hopper, Stanley Romaine. “Myth, Dream, and Imagination”. *Myths, Dreams, and Religion*, Edited by Joseph Campbell, New York, Society for the Arts, Religion and Contemporary Culture, Inc., 1970, pp. 111-137.
- Jung, C. G. *Two Essays on Analytical Psychology*. Translated by R. F. C. Hull, Cleveland, The World Publishing Company, 1953.
- Langer, Susanne K. *Philosophy in a New Key: A Study in the Symbolism of Reason, Rite, and Art*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 1957.
- Laplanche, Jean and Jean-Bertrand Pontalis. *The Language of Psychoanalysis*. Translated by Donald Nicholson-Smith, London, Routledge, 1988.
- Nerval, Gérard de. *Aurelia o el sueño y la vida*. Trad. de Ricardo Silva-Santisteban, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2004.
- Plato. *Plato’s Symposium*. Translated by Avi Sharon, Newburyport, MA, The Focus Philosophical Library, 1998.

Pitol, Sergio. *Trilogía de la memoria*. Barcelona, Anagrama, 2017.

Rycroft, Charles. *The Innocence of Dreams*. London, The Hogarth Press Ltd., 1979.

Sharon, Avi. Introduction. *Plato's Symposium*. Newburyport, MA, The Focus Philosophical Library, 1998.

Sosnowski, Saúl. *Julio Cortázar una búsqueda mítica*. Buenos Aires, Ediciones Noé, 1973.

Williams, William Carlos. *Paterson*. New York, New Directions Books, 1995.